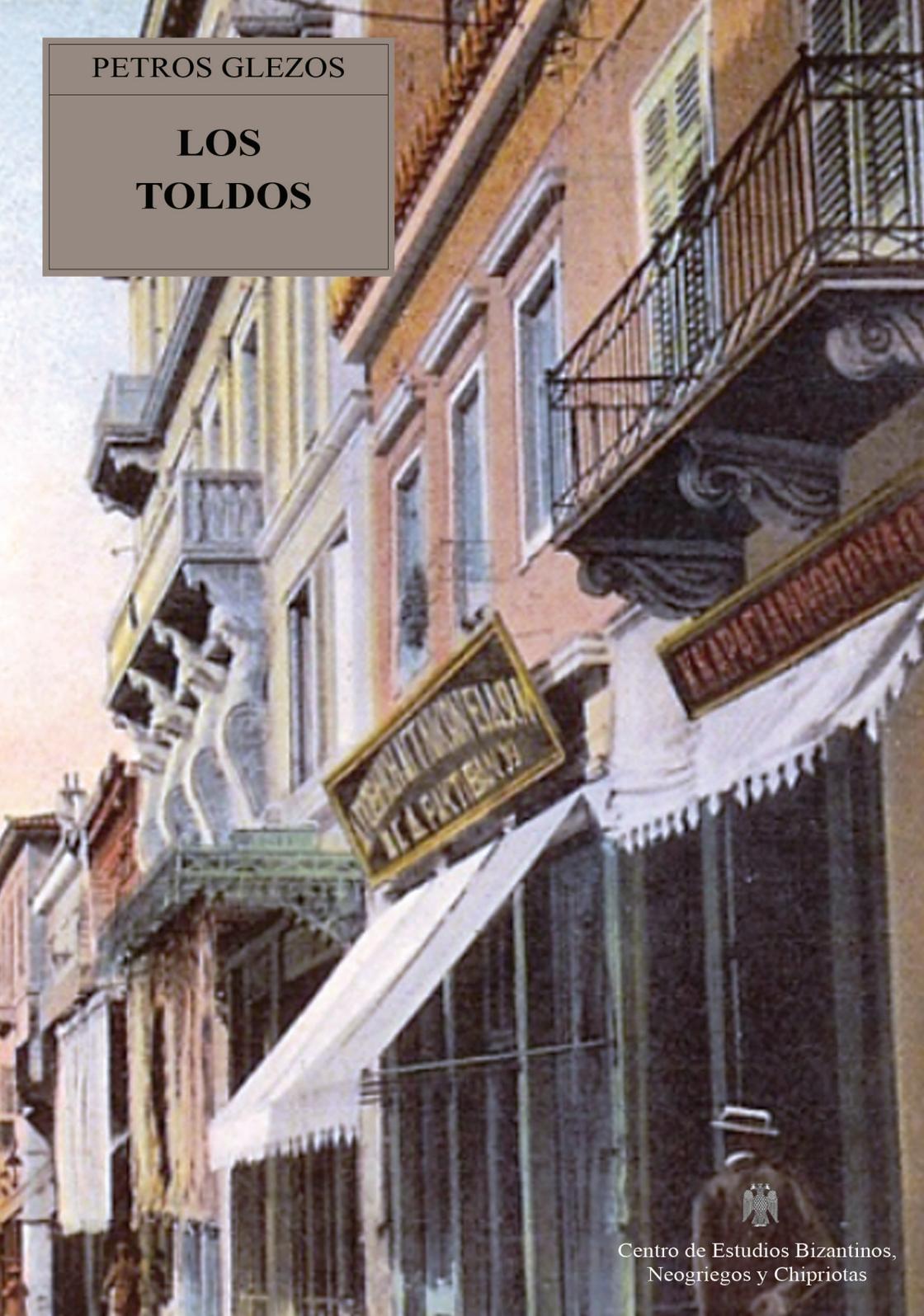


PETROS GLEZOS

# LOS TOLDOS



Centro de Estudios Bizantinos,  
Neogriegos y Chipriotas



**PETROS GLEZOS**

**LOS TOLDOS**



PETROS GLEZOS

LOS TOLDOS

*Traducción de*  
José Ruiz Luque



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

**Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos**  
**Director de Serie: Moschos Morfakidis**

DATOS DE PUBLICACIÓN

Autor: Petros Glezos

Traducción: José Ruiz Luque

Nº en la serie: 7

pp.: 72

1. Literatura neogriega. 2. Relatos

© Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas  
C/Gran Vía, nº 9-2ºA, 18001, Granada/ Fax: 958-220874  
Maquetación y diseño: Jorge Lemus Pérez  
ISBN: 978-84-95905-66-6

*Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra preceptiva autorización.*

## Familia

Mi madre era cosmopolita. Sirvienta años y años en casas señoriales de Constantinopla, Alejandría y Atenas. En nuestro pueblo —se había marchado de él siendo casi una chiquilla— hablaban con admiración de sus viajes, de sus riquezas y de su hermosura. De tiempo en tiempo, después de años de ausencia, se presentaba de repente, sin esperarla nadie, para pasar unos días junto a su anciana madre. Todo el pueblo se ponía de pie con su venida. En el puerto de la capital de la isla, los barqueros que conocían su generosidad se mataban por ver quién sacaba del barco sus muchos baúles, y los arrieros, por ver quién era el primero en recibir el encargo de transportarlos. Repartía dinero entre todos y a todos dejaba contentos; invitaba a comer a los del pueblo que por casualidad se hallaban aquel día en la capital para sus asuntos, y por la tarde, cuando los mulos partían para el pueblo, la acompañaba una comitiva de paisanos. Muchos de éstos habían retrasado su marcha, pudiendo irse antes, para gozar, en el largo camino, de su compañía. Caminaban alrededor de su mulo, charlando con ella y respirando jadeantes por la cuesta. Para todos tenía una palabra buena, una broma, un consuelo.

Llegaban al pueblo al anochecer. Mi madre subía por la solitaria calle de Krinió. Cuando los mulos, cargados con los baúles, cruzaban por la plaza, los campesinos allí reunidos se preguntaban qué rico forastero habría llegado. Y la noticia de su venida se esparcía por las casas vecinas, por los arrabales, por los campos. Su anciana madre era siempre la última en enterarse. Entonces corría renqueando hasta la esquina de su calleja y, con sollozos y con gritos

de júbilo, trataba de llegar hasta lo alto de la silla del mulo para abrazarla.

— ..Oh hija mía, hija mía! ...Oh hija mía, hija mía!... decía y volvía a decir corriendo renqueando arriba y abajo por la casa, como si quisiera hacer mil cosas, no haciendo ninguna.

Por sus puertas abiertas de par en par, la curiosa vecindad se precipitaba a empellones en la casa; los niños se en-caramaban en las blancas escalinatas de mármol y en las azoteas. Su prima Katerina, que ayudaba a la vieja en estas horas difíciles, abría vivamente las alacenas y convidaba con lukumis de Sira, que las vecinas le arrebatában ávidamente, cogiéndolos a puñados, y se los escondían debajo de sus largos delantales. El último en venir era siempre su tío, el maestro. Se encontraba en el momento más crítico de su juego de cartas cuando se enteraba de la noticia. Jugaba algún dinero con la esperanza de ganar la partida, pero viendo que se tardaba, se ponía nervioso y, dejando a sus compañeros, tomaba la cuesta. Cada vez que esto ocurría, apenas entraba en la casa, antes de pronunciar palabra, decía siempre un pareado, un pareado tonto, siempre el mismo:

*Mi buena sobrina,  
a quien le va la rapiña...*

Hasta muy avanzada la noche, no se quedaba sola mi madre con la vieja. Y por largo tiempo hablaban, hablaban dulcemente. La anciana la escuchaba con atención y admiración; mirando los baúles aún cerrados, calculaba las nuevas riquezas que entraban en su casa, y, cuando mi madre, cansada, se iba a dormir y la vieja le arreglaba las mantas por detrás en los hombros, en el último instante, antes de retirarse, le decía:

— Para este año, hija, ya va estando bien que formes un hogar... Para que también yo, la pobre, goce de tí... Y pueda abrazar a un nietecillo...

Siempre quería añadir algo más. Pero se echaba a llorar. Mi madre se enojaba con estas lágrimas intempestivas y la

vieja, renqueando, iba a la cómoda, apagaba la lámpara con cuidado para que no se tiznara el cristal, y con la luz vacilante del candil bajaba a la planta baja a acostarse. Un rato después aún subía su débil voz por la escotilla levantada:

— ¡Buenas noches, hija mía!... ¡Buenas noches!...

Tras prepararse todos los días de la semana, el domingo tenía lugar en la iglesia la aparición en público de mi madre. Al tercer toque de campanas, salía de casa. Vestía su falda más fina y todas sus alhajas, y lucía un peinado tan perfecto que ni un solo pelo de su cabellera había escapado del aderezo de su tocado. Las jóvenes vecinas que la acompañaban, enfundadas en sus amplios vestidos, perdían ante ella toda su hermosura. Era tan apabullante toda comparación con ella, que la hija del médico —primera entre las primeras— aquel domingo no iba a misa.

— Hoy, ya sabes, van las forasteras. No queda sitio para nosotras... decía a sus amigas.

Un murmullo, como un susurro de hojas movidas por repentino vientecillo, se oía mientras cogía la vela en la mesilla, la encendía en el candelabro, hacía una reverencia y se acomodaba en el asiento, que siempre le cedía alguna viejecita.

Cuando el sacristán pasaba emocionado la bandeja, emocionado, porque sabía la suerte que le esperaba aquel día a la iglesia, se detenía delante de ella respetuosamente. Y ella echaba una esterlina de oro macizo, que entre las perras chicas y las perras gordas, parecía una luna llena junto a pequeñas y tímidas estrellas. Los fieles contemplaban con admiración la esterlina que relucía y bendecían la mano blanca y regordeta de quien la ofrecía.

Las autoridades del pueblo esperaban, en el atrio de la iglesia, para saludarla. Sus amigas, las vecinas de los barrios lejanos, los mozos, que estaban toda la semana en los campos. Cuando subía la cuesta de su casa, iba lleno de orgullo y de felicidad. Y se daba por bien pagada de todas las humillaciones, de todos los sufrimientos por que pasa una sirvienta en las casas de Constantinopla, Alejandría y Atenas, por más señoriales que sean.

Pero a los pocos días le entraba el tedio. E igual que vino de pronto y de prisa, se iba también una mañana. Inútil que la última noche, mientras le arreglaba las mantas por detrás sobre los hombros, le suplicara la vieja que no la dejara esta vez.

— Ya en otro viaje no me hallarás, hija...

Y rompía a llorar.

Hasta que ocurrió el viaje en el que ya no la halló... Aquel año fue todo triste y el pueblo no se alborotó como otras veces. Ahora venían con regularidad chicas que habían seguido su misma ruta. En Constantinopla, Alejandría y Atenas, vivían ahora muchas. Una había llegado hasta París. Y los domingos iban a la iglesia chicas más bonitas, más jóvenes, mucho más jóvenes. Por primera vez, ni su tío, el maestro, le dijo el conocido pareado, el pareado tonto. La estrella de mi madre —¡qué corruptibles son y qué pronto se apagan estas estrellas humanas!— no brillaba ya en su cénit.

De noche, sentada junto al fuego, charlaba con su prima Katerina. Le gustaba oírle hablar de los mozos, de los novios que quedaban aún, de los amores que se urdían en la vecindad. Y cuando su tío, el maestro, le habló de casarse, no lo llevó a mal esta vez.

Y se decidió. Liritzís, el de la tienda, contribuyó a ello en este momento crítico. Una o dos veces que ella fue a comprar en su tienda, le pareció que la trataba de una manera especial, que la miraba de otro modo. El era un hombre bien parecido y, entre los demás consumidos por el duro trabajo y la mala vida, resaltaba todavía más en él esta cualidad. Y su tienda, un verdadero comercio, que envidiarían los comerciantes de la Capital. Cuanto se le antojase a uno podía hallarlo en sus altos y repletos estantes. Detrás del escaparate de cristales, un poco más arriba, había un despachito con una silla alta. ¡Qué bonito sentarse allí una mujer, mientras su marido pesaba las mercancías y trataba sobre el precio de las telas, para coger el dinero que, como si se lo debieran, iban entregando los campesinos, complacidos y respetuosos...

Su tío, el maestro, consideró estupenda la elección. Y el domingo —también la prisa tiene su gracia, como él decía—, después de misa, hizo de mediador casamentero en un rincón del café. El Liritzís se negó. Y no era porque no la quisiera. Todo el pueblo —a la gente le gusta hacer cuentas sobre las haciendas de los otros— calculaba que mi madre, a más de la casa, la gran huerta de Aficlís, sus joyas y sus muebles, debía tener pero que muchos miles, al menos treinta mil, en dinero contante y sonante. Y también lo pensaba así Liritzís, aunque era un hombre ponderado en sus cálculos. Pero se hallaba bastante enredado... Los hermanos de la moza que los cogieron juntos en el viejo molino de viento, eran unos bravucones. Así que Liritzís se negó. Mi madre quedó destrozada con esta negativa y huyó desesperada...

Cuando volvió otra vez, su tío, el maestro, también había muerto. Supo en el extranjero su muerte, como la de su madre. Entonces se sintió sola en medio de la gran ciudad, sola como caña en el campo, que un golpe de viento repentino la puede azotar, la puede quebrar. Y por primera vez deseó verdaderamente vivir en su patria chica. Y regresó, como un encarcelado al que ponen en libertad. Sus cabellos no eran ya tan negros y suaves. Su cuerpo, sin dejar de ser hermoso aún, no se movía ya con tanta presteza, cuando subía hacia su casa solitaria. Como las estrellas de nuestro cielo que, cuando se sitúan por debajo de las antenas del molino de viento de Tzanakarís señalan el alba a nuestros campesinos, así la estrella de mi madre se inclinaba hacia su ocaso: señal de noche para ella.

Entonces hizo su aparición mi padre. Era dos años menor que ella, y joven aún. Como era serio, taciturno, tranquilo, los campesinos lo respetaban como a un anciano distinguido. Era avellanado, de trazos vigorosos y manos gordas y grandes. Una cicatriz en la mejilla le hacía aparecer más duro todavía de lo que era. Nunca salió de viaje más que cuando fue soldado y de este su pequeño contacto con el mundo no guardó ningún recuerdo. No bebía, no

fumaba, no jugaba a las cartas, nunca había ido de ronda. Su único amor, su única pasión era la tierra seca y estéril en que nació y que labraba y trabajaba desde niño con obstinada constancia. Sus padres, señores venidos a menos, le habían dejado unas tierras incultas en las laderas del monte, una o dos fincas extensas, pero ruinosas. Trabajó durante años para resucitarlas —como él decía—, para someter a sus órdenes a una tierra esquilhada ya, para hacerla fructificar.

Cuando por la tarde, de las haciendas vecinas subían en grupos hacia el pueblo los jornaleros, lo veían a él trabajando todavía, nivelando el terreno, construyendo albarradas, partiendo piedras. Y le gritaban para que se fuera con ellos:

— ¡Eeeh!... ¡Manolis!... ¡Ya está bien, desgraciado!...

Al eco de sus voces que llenaban las tranquilas barrancas respondían sólo los golpes pesados y secos de su desatral que, agigantados por la calma vespertina, semejaban el fragor de rocas despeñadas de la cumbre. En el fondo azul que el cielo proyectaba hasta su finca, su recia corpulencia quedaba iluminada vivísimamente, y mientras duraba la luz del día parecía semejante a un árbol bien arraigado en el suelo, cuyas ramas se doblan, trabajan y golpean la tierra.

Así, poco a poco, hacía fértiles fincas las secas laderas del monte. Aumentaba la extensión de la tierra construyendo albarradas que rellenaba de tierra, plantaba árboles, viñas. A veces, un invierno riguroso daba al traste con todo su trabajo. Pero volvía con rabia a la tarea empezando de nuevo, sin maldecir ni proferir lamentaciones en el café. En verano no subía al pueblo ni los domingos. En su hacienda mayor, la huerta, guardaba la fruta día y noche. En las repentinas tormentas de verano se agazapaba en la choza de piedra que se había construido él solo debajo de su gran encina. Las noches de calma dormía fuera. Escrutaba con los ojos el contorno de la finca, allá hasta el sendero y más aún, hasta la cuesta de Pitadaris, y su oído percibía

hasta el más leve susurro. Nadie se atrevió nunca a robarle ni un grano de uva. Nunca había amenazado a nadie, pero los pobres y tímidos ladrones nocturnos estaban seguros de que, si cogía a uno en su finca, lo dejaría allí seco.

Mi padre creció trabajando en silencio. Amaba su tierra, sus árboles, sus herramientas primitivas. Amaba a su encina grande más que a sus dos hermanas. Pero se sentía obligado, y, frente a este deber, sacrificaba todo otro amor. Y repartió entre sus hermanas, cuando las casó, toda aquella tierra que sus manos grandes y laboriosas habían hecho estimables. Como a un hijo querido al que la pobreza te fuerza a dejarlo en manos de personas ricas, pero extrañas, así, él entregó sus fincas a sus cuñados. Y después, cuando ya no eran suyas, cuando pasaba junto a ellas, al anochecer, entraba, casi a escondidas, a enderezar un arbolito que le parecía que había torcido el viento, o a tapar un racimo de uvas que se hubiera quemado, expuesto a los rayos del sol.

Era ya un pobre trabajador cuando se halló frente a mi madre. Ahora trabajaba más lejos, en otras tierras incultas de las laderas del monte. Pero los campesinos sabían que no tardaría mucho en convertirse de nuevo en un propietario principal. Creían que tenía una mano afortunada, que algún dios que a ellos los tenía olvidados, protegía sus tareas. Algo así creían también los parientes de mi madre, cuando pensaron en casarlos.

— Un hombre trabajador y honrado... En sus manos, sobrina, nunca pasarás hambre, decía a mi madre la tía que maquinaba el casorio.

— ¡Y de familia rica! añadía la prima Katerina, que sabía de las antiguas ambiciones de mi madre.

Pero ésta no se decidía. Prefirió volverse a ir, a no volver más, antes que encarcelar su cuerpo entre aquellas manos callosas. Después, como no se opuso totalmente, entraron a la carga sus otras vecinas —les daba vergüenza el que se quedara soltera— y las hermanas de mi padre que, sin él saberlo, no cesaban de actuar. La guerra del 97 cerró los

caminos. Y así, aquel otoño la retuvo esclavizada al pueblo. Y por necesidad tuvo que decidirse.

Cuando me pongo alguna vez a referir todos aquellos hechos y a meditar sobre el carácter de mis padres, no puedo comprender cómo llegaron a unirse dos personas tan distintas. Mi madre, mujer superficial, cuya vida en el extranjero, había contaminado su pureza, llegó con facilidad a aquel dispar matrimonio. Veía, en fin, ante sí, el miserable fantasma de la vejez en las mujeres no casadas. Pero, ¿y mi padre? Jamás oí una palabra de sus labios. ¿Amó acaso a aquella mujer, con aquel su talante callado, que no te permitía adivinar sus sentimientos? ¿Se casó, tal vez, con ella por su hacienda? ¿La tomó por mujer para tener a alguien que le lavara la ropa y le hiciera la comida? Fuera como fuera, aquel casamiento no podía ser feliz. En el pequeño círculo de un pueblo se unieron dos personas que nunca estuvieron de acuerdo. En el pequeño círculo de un pueblo, donde el uno debe constituir para el otro todo su mundo. La falta de amor, de entendimiento al menos, atormenta no sólo a los propios interesados, sino que se extiende a los que los rodean, hasta a los mismos animales que tengan la mala suerte de servir a tales amos. ¡Cuántas veces nuestro mulo, cansado, no se quedó sin comer, sin agua, sin cebada, en noches de riña!...

Mi hermano y yo vinimos a este mundo con mala pata. Cuando yo nací, él tenía tres años. A los pocos años, de nuestra pequeña diferencia de edad cabía esperar que nos acercáramos el uno al otro, que nos hiciéramos amigos, que formáramos, dentro de nuestros distanciados padres, una familia. Pero no tuvi mos tal suerte. Mi hermano y yo éramos tan extraños el uno para el otro, tan diferentes, que nadie podría creer que vinimos al mundo del vientre de una misma madre.

Mi padre salió vencedor en su lucha con mi madre. Mi hermano era igual que él. Desde los primeros meses, que día a día forjaban su figura, su natural semejanza fue para

todo el pueblo un verdadero milagro. Las vecinas que querían a mi padre, escupían al niño y hablaban contentas. Las otras, las amigas de mi madre, lo miraban con antipatía. Conforme iba creciendo mi hermano, además de la similitud de sus figuras, fue creciendo también la similitud de sus almas. El amor al silencio, a la soledad, su obstinada constancia, su apego a la tierra, hacían que este niño pareciera un hombre maduro. Cuando yo pude ya hacer comparaciones, vi a mi hermano como a una miniatura de mi padre. No los llegaba a separar. La única justificación de la existencia de dos personas tan iguales era para mí el que mi madre podía hacer con el uno lo que no podía hacer con el otro, con el fuerte: pegarle a mi padre en el pequeño cuerpo de mi hermano, imponer su propia voluntad a la tozudez de aquél, su locuaz vivacidad, a su silencio.

Yo nací en marzo. Apenas habían comenzado las nieves a derretirse y las aguas cenagosas, a correr por las calles. El viento bajaba aún silbando impetuoso por el puerto que forman las dos cimas de nuestra montaña, en cuya falda, abajo, se asienta el pueblo. Sobre él, se yerguen estas dos cimas, como eternos guardianes. En verano, sus abruptas y áridas laderas confieren a todo el paisaje una belleza varonil, ya que su silueta se alza erecta hacia el cielo. Pero en invierno, cuando las nubes ruedan sobre ellas y unas veces las ocultan, otras dejan que aparezcan salvajes y tristes, a uno se le antoja que van a dejarse caer sobre las casitas del pueblo. El viento silba furiosamente entre ambas y se abate sobre el pueblo como una fiera que se vio de repente en libertad. A su paso, los árboles solitarios, esparcidos en sus alturas, se azotan como madres desventuradas sobre las tumbas de sus hijos. Y parece que las casitas se van a venir abajo, de un momento a otro, se van a derrumbar bajo su fuerza despiadada.

Cuando estallan las furiosas tormentas de invierno, los campesinos se agazapan en sus casas, como serpientes aleargadas. Están silenciosos, nerviosos, excitados. Olfatean

el aire, como animales que, diríase, tratan de barruntar el cambio de tiempo. Las mujeres se tapan los oídos, acurrucadas bajo las chimeneas y, en las noches largas, interminables, hacen punto, hacen punto sin cesar. Los niños, no pudiendo estar por las calles, se ponen gruñones, se pegan entre sí, se apalean por motivos insignificantes. Todo el ritmo de la vida de estos esclavos del viento cambia, se torna nervioso, irregular. Y cuando uno los siente sufrir así, se afana por saber de qué playa al abrigo del viento subieron hasta aquel monte salvaje, que no puedan ya, siglos después, aclimatarse a él.

Yo lloraba desde la mañana a la noche atormentando a mi madre. Mi hermano, que ya se mantenía bien de pie, creyendo que yo tenía frío, como él, cogía palos encendidos del fuego y los ponía debajo de mi cuna colgante, para calentarme. He obligado muchas veces a mi tía a que me contara esta tierna escena. Entonces me parecía que una luz alegre llenaba nuestra casa sombría y a mí me entraban ganas de correr a abrazar a mi hermano. Pero sentía una frialdad, una congoja, cuando a poco veía su mirada dura, escrutadora, aquella señal, de su mejilla, igual que la de mi padre...

A mi hermano no le entraban las letras. Terminó la Primaria, gracias a los ruegos que mi madre hacía en secreto a los maestros, y a los regalitos a sus mujeres. Su deseo era que estudiara. Ella no lo amaba, pero quería satisfacer en su persona las ambiciones de su juventud. Cuando llegó el tiempo de apuntarse en el Gimnasio, mi hermano dijo que no.

— ¡Me iré a trabajar en la finca de Aficlís! cortó en seco con la determinación de un hombre. Por primera vez, vi a mi padre emocionarse. Miró las manos infantiles, pequeñas e inexpertas y, queriendo ahogar aquella emoción, tan impropia de él, lo echó a broma:

— ¡Si te apunta tu madre!... dijo, y se echó a reír.

Poco después, el adusto hombre maduro y su hijo trabajaban juntos, silenciosos, en sus fincas. Cuando se les veía

en los días de mucha faena ayudándose el uno al otro, completándose el uno al otro, diríase que eran un solo cuerpo, que se había separado en dos, para trabajar mucho más.

A veces también yo me iba con ellos. Pero si en algún caso, mi padre tenía que pedirme ayuda, yo nunca llegaba a tiempo de dársela. Y mi hermano, antes de que se lo dijera, como si adivinara su pensamiento, ya había empezado a hacerlo. Cuando el uno tiraba al aire una herramienta al otro, o una piedra o una fruta, siempre las cogían al vuelo. Y de noche, si ocurría hallarse con un poco de humor el viejo —así lo llamaba mi hermano—, y hacía proyectos conversando, sobre los trabajos que tenía que hacer, miraba sólo a mi hermano, como si fuera el único con el que pudiera entenderse.

Mi madre y yo éramos dos extraños para ellos. Pero nuestro apartamento de los otros no era suficiente para acercarnos el uno al otro...

Yo no me parecía a mi padre, pero tampoco tenía nada en común con mi madre. Yo era un distraído, un extraño entre extraños. Desde que acabé la Primaria, sentí el deseo de huir. Y recibí con alegría la decisión de mis padres, de hacerme estudiar. Dado que me iría del pueblo —tenía que ir al Gimnasio de la Capital—, prefirieron enviarme a Sira, a casa de la hermana de mi padre, cuyo marido trabajaba allí en los almacenes de esmeril.

Me marché del pueblo a los doce años, sin ninguna emoción. Fuera de la costumbre de vivir con mis padres y mi hermano, nada noté que me uniera a ellos. Experimenté una loca alegría, cuando al dejar atrás las cumbres de nuestro monte, divisé el mar azul. Todavía hoy, después de tantos años, cuando reflexiono, cómo puede ser tan indiferente el alma de un niño, siento que la vergüenza, que la pena se apodera de mí.

Terminé el Gimnasio con privaciones. En verano, me iba al pueblo para ahorrarme gastos. Mi madre, envejecida ya, se había vuelto estoica, decidida a aguantar pacientemente

te el dominio de los dos hombres, que la gobernaban. Mi padre aparecía siempre taciturno, tenaz trabajador de sus tierras, indiferente a cuanto no se relacionaba con ellas. Mi hermano proyectaba poco a poco su personalidad sobre nuestra sombría casita; se adivinaba que esta nueva fuerza sometería dentro de poco la entereza de mi padre. Y éste no se sublevaba ante aquel futuro sometimiento.

El año que terminé el Gimnasio, mi padre quiso dar sus fincas a mi hermano. Este se opuso.

— ¡A Pedro hay que darle su parte!, dijo por mí, y no se discutió más.

Yo me fui a Atenas; allí sufrí, pasé hambre, luché. Nunca les escribí una palabra de mis sufrimientos. Poco a poco me olvidaron y yo les olvidé. Sólo cuando acabé los estudios de la Facultad y recibí una beca para Europa, escribí a mi padre. Me contestó mi hermano anunciándome que se casaba por aquellos días. Un paisano me dijo que se casaba por amor. La noticia me hizo por primera vez sentir nostalgia por mi casa paterna. Me pareció que de pronto se habría ahora vuelto luminosa, feliz, blanca, que mi hermano habría abierto la ventana de que estaba necesitado el oscuro dormitorio...

Entonces me puse a trabajar un pequeño grupo escultórico. Cuando modelaba el barro, me parecía que estaba moldeando tibias manos humanas. En un pequeño pedestal de mármol blanco, uní dos manos de bronce. Dos manos fuertemente enlazadas. Una, recia, varonil; la otra, delicada, de mujer. Con seguridad, con fuerza, la mano varonil cubría la manecita regordeta. Con letras de oro grabé en el pedestal el nombre de mi hermano y de su mujer con la fecha de la boda, y se lo envié. Cuando, pasados los años, volví al pueblo, no vi mi pequeño regalo en su aparador, entre sus adornos. Dos feos jarritos, una serpiente de esas que venden los chinos por las calles y una gran caracola adornaban el mueble...

Pasaron los años. Una o dos veces que fui al pueblo, mi hermano me acogió con frías maneras. El día que fuimos

solos a la finca grande, mi padre me pidió noticias sobre mi arte. Pese a todas mis explicaciones, a él no le cabía en la cabeza qué podía ser un escultor, ni qué utilidad podía tener un busto sin vida. Seguía creyendo, a pesar de todas mis razones, que había sido cosa perdida su dinero gastado en mí y mis trabajos, y quizás se avergonzara de que yo vivía a costa de la sociedad, sin ofrecerle nada a ella.

La penúltima vez que fui, llevaba la decisión de hacer un busto de mi madre. Quería dar una alegría a aquella mujer ambiciosa cuyas pequeñas pretensiones se habían deshojado, como flores de otoño. Pero la encontré en cama. Padecía del corazón y de los riñones. Intenté convencerla para que se viniera conmigo a Atenas a curarse. No aceptó.

Cuando me telegrafiaron que estaba en las últimas, corrí de nuevo al pueblo. No alcancé a verla viva. Al tiempo que yo llegaba, las campanas doblaban por su muerte. Los campesinos salían a las puertas, inquietos, y preguntaban quién había muerto. De las fincas cercanas, adonde había llegado el fúnebre tañido, llegaba jadeante un niño que venía a enterarse quién era el muerto y volverse para decírselo a los trabajadores que estaban intranquilos de que le hubiera ocurrido una desgracia a alguno de los suyos.

La tenían en la sala grande. A su alrededor, las parientas y vecinas que lloraban en silencio. De tiempo en tiempo, alguna tía o alguna prima turbaban la calma con un amargo lamento. Entonces todas se volvían a mirar a mi madre y lloraban por corto espacio con más fuerza. En la parte baja de la casa, los hombres fumaban y charlaban en voz baja. Mi padre vestía una ancha camisa negra y guardaba silencio sentado en un rincón. Mi hermano entraba y salía, encargado de los preparativos de aquel último viaje de mi madre. Me besaron los dos.

Las mujeres, al enterarse de que yo había venido, empezaron a llorar y a plañir ruidosamente. A mí se me saltaron las lágrimas.

Me marché a los tres días. Antes de irme, pedí a mi hermano que aceptara mi parte de la herencia de mi madre, y bajamos a la Capital el día de mi partida para que el notario hiciera la escritura. Comprendí que por primera vez mi padre estimó una acción mía. Temblaba ante la idea de que la tierra que él labró, que él resucitó, podía ir a parar a manos ajenas. Quería que su nombre viviera unido a ella. Y sabía que viviría sólo en la familia de mi hermano. ¿Qué suponía el que mi nombre apareciera impreso en la Gran Enciclopedia Griega con aduladoras palabras? ¿Qué significaba el que lo leyeran los numerosos paseantes de los parques, en el pedestal de bellas estatuas, al menos, así lo dicen? Para mi padre era ésta una gloria muy barata, muy efímera...

Cuando el vapor salió del pequeño puerto a alta mar, yo permanecí en la proa hasta que se perdieron de vista las altas cumbres tras las que se ocultaba el pequeño pueblo en que nació. Adivinaba su situación. Busqué la calleja de nuestra casa. A esta hora, los dos hombres que en ella vivían conversarían trazando planes para el porvenir, como si por primera vez se vieran liberados del yugo de unos crueles amos...

Si puedo alguna vez, esculpiré un grupo. Hace años me da vueltas en la cabeza. No ha cristalizado todavía en una forma definitiva. Es más bien un proyecto, una línea que se dibuja y que se borra. Pero un día se hará. De momento me lo figuro así: Cuatro personas de pie, erectos. Tres hombres y una mujer. Todos están cogidos de la mano. Pero en un contacto frío, obligado, como soldados, desconocidos entre sí, a los que se les ha ordenado que se cogieran de la mano. Sus cabezas miran por igual hacia adelante, ligeramente inclinadas, pero miran como si cada una estuviera fija en un punto diferente. Los cuerpos parece que van a huir, a huir, a separarse... El leve contacto de sus manos no es impedimento. Estas cuatro personas, que están cogidas, están solas, completamente solas cada una.

Así me figuro yo este grupo escultórico que denominaré «Familia». Es, seguramente, muy difícil... Mas tengo mucho deseo de hacerlo, y alguna vez lo haré...

1936



## Primera noticia

Tendría yo unos trece años, cuando entré a trabajar en el laboratorio de la farmacia de «Katsís y Yeoryú». Por recomendación del hermano del señor Katsís me tomaron en el laboratorio como «chico». Mi trabajo consistía en pasarme todo el día dando vueltas con una lista en la mano buscando en otros laboratorios algunas especialidades que nos encargaban nuestros clientes de provincias y que nosotros no teníamos, en llevar pequeños paquetes al correo, en ir a traer el café, en llegarme alguna vez a la casa del señor Katsis o de Yeoryú, con algún encargo, un canasto de fruta o algún pavo que les enviaban del pueblo. Pero por la tarde, cuando terminaba el trabajo en el laboratorio, yo no daba de mano. Bajaba a la farmacia y ayudaba al mancebo, el señor Jaralambo.

A mí me gustaba más este trabajo de la tarde. Era tranquilo, limpio, no tenía fatigosas caminatas por las calles, no tenía cargas pesadas. Aquí, en la farmacia, se estaba caliente en invierno y fresco en verano; olían muy bien los objetos de la «sección de artículos de belleza», y alguna vez nos bebíamos a escondidas un vasito de vino tinto dulce, quinado, de Samos. Mientras que arriba, en el laboratorio, había muchas corrientes de aire, hacía frío, las damajuanas de amoníaco despedían un olor acre que nos hacía llorar, escocían y olían mal las damajuanas de ácido fénico.

Abajo, en la farmacia, había vida, movimiento; entraba y salía gente. A la caída de la tarde se reunían en ella los amigos de los dueños. Los más asiduos eran el señor Focás, el médico Arcondaris, el médico señor Diikitópulos y varios más. Era también asiduo contertulio el farmacéutico en cuyo nombre funcionaba la farmacia, porque ni el señor Katsís ni Yeoryú eran farmacéuticos titulados. Acudía a

la rebotica, pero se mostraba indiferente en lo tocante a la farmacia. Su único contacto con ella era que alguna vez destapaba los frascos de cristal llenos de caramelos para la tos o los blancos malvaviscos azucarados y se echaba uno o dos a la boca disparándolos desde cierta distancia, como si jugara al blanco. Después se iba, indiferente, despreocupado. Solamente al final de mes se detenía un poquito más esperando cobrar lo estipulado por prestar su título.

A veces también venían señoras a la farmacia. La señora de Katsís, muy bonita, alta, rubia y lozana, y la señora Yeoryíu, delgada y algo morena, que parecía una chiquilla al lado de su corpulento marido. Su visita parecía constituir un acontecimiento importante. Todos se levantaban para ofrecerles un asiento; especialmente el médico el señor Arcondaris llegaba hasta a besarles la mano. Y las señoras que daban tan ufanas con este pequeño honor de que disfrutaban en nuestra farmacia, situada un poco más abajo de la Plaza Omonia, rodeada de cafés llenos de gente de pueblo.

La única persona que permanecía ajena a estas reuniones sociales de la farmacia, era la cajera, Tula. Sentada en su alta y pequeña caja con verjas de madera alrededor, aguardaba que se acordaran de ella alguna vez y le dieran las buenas tardes, para ella devolverlas fríamente y volverse de nuevo a «hacer caja» o a leer su revista. Pero en verdad nadie le daba importancia a esta su frialdad. La pobre Tula era una persona insignificante, tan insignificante, digamos, como yo. Era una chica a la que no se le podía llamar bonita, pero a la que tampoco se le podía llamar fea. Parecía muy maltratada por la vida, estaba flaca; diríase que de haber alguien que la cuidara un poco, que la alimentara, que la vistiera bien, que le diera ánimos, como se dice, poco a poco podía descubrirse en ella cierta hermosura oculta, hacerle florecer su marchita juventud.

Pero vaya usted a ver quién iba a preocuparse de ella, fijarse en ella. A los hombres les gustan las cosas a punto; ¿quién iba a tener tiempo para pensar en las posibilidades de Tula?

Solamente el señor Jaralambo, el mancebo, se acordaba de ella alguna vez, pero era para fastidiarla, para asustar a la pobrecilla con un miembro viril de goma que el señor Katsís había traído de París, no sé para qué, y que se lo había dado al señor Jaralambo, como al más viejo de todos, para que lo guardara. Pasó mucho tiempo antes de que yo viera con qué molestaba a Tula el señor Jaralambo. Yo sólo oía el asustado grito de vergüenza y de espanto que daba la muchacha, como los gritos que dan las mujeres cuando ven una culebra o un ratón. Y veía cómo al punto el señor Jaralambo metía aprisa algo en el cajón de la mesa del taller y cómo se reía con una risa maliciosa, sarcástica. Parecía, entonces, un viejo sátiro que, en vez de zamarra, vistiera la blusa blanca del mancebo. Se ve que hallaba gusto en fastidiar a la pobre Tula, o quizás daba así satisfacción a sus instintos eróticos, adormecidos ya. Claro que yo no podía saber de estas cosas, no sólo porque entonces no estaba todavía de moda Freud, sino también porque yo era aún muy pequeño.

Sin embargo, yo me enfadaba mucho con el señor Jaralambo. Si bien es verdad que yo lo apreciaba y lo admiraba por su oficio, entonces sentía enojo contra él. ¡Esto es cierto! Mas ¡con qué admiración lo seguía yo en la preparación de las recetas! Ponía la fórmula sobre el mármol, se agachaba un poco para estudiarla atentamente con las gafas pendientes de la nariz, a veces se impacientaba como si no estuviera conforme con las dosis que prescribía el médico.

— ¿Pero qué ha puesto aquí este tonto? Después se encogía de hombros: allá el médico con su responsabilidad. «A mí ¿qué me importa?» debía pensar. Bajaba uno a uno los diferentes componentes de la receta, pesaba las cantidades con aquellas pesas tan pequeñas y tan graciosas, en la sensible balanza, protegida en su campana de cristal, luego machacaba bien la mezcla en el mortero, la agitaba en el frasco y ya estaba hecha la medicina. Si era líquido, tapaba bien el bote probando con muchos corchos, después ataba alrededor de la boca un papelito haciendo con

arte varios pliegues, escribía las instrucciones para su uso en la etiqueta y la adhería cuidadosamente a la panza del bote. Si la medicina se componía de polvitos entonces se alineaba sobre el mármol una graciosa fila simétrica de trocitos de papel bien cortados, la medicina era trasvasada del mortero a un papel recio doblado por medio, y con un golpe continuado, suavito como una caricia, de la mano derecha sobre la izquierda, la medicina era repartida en partes iguales en los trocitos de papel. Después éstos eran doblados, como sobres plegados y se ponían unos juntos a los otros en el frasquito de papel. Yo me divertía lleno de admiración con esta tan exacta distribución, que era como una obra de arte, como un juego.

Todo esto estaba muy bien. Pero cuando el señor Jaralambo molestaba a Tula, yo me enfurecía. Sentía una particular compasión por la pobre muchacha. Ella también me tenía cariño; conmigo se consideraba más segura. Yo le hacía, gustosamente, pequeños recados; le traía agua fresca del café de al lado, para que se tomara la aspirina —siempre estaba tomando aspirinas— pues tenía continuos dolores de cabeza, y por cansado que estuviera, al atardecer la acompañaba hasta el tranvía, allí cerca del antiquísimo edificio del Odeón, en donde cogía el 11 para ir a Colokizós, donde vivía. Y hasta experimentaba cierta arrogancia, cierta hombría, al acompañarla; su confianza en mí me halagaba. Caminaba a su lado, impertérrito, por entre los pilletes que por las tardes acampaban en las aceras de los cafés, esperando a sus amigas de los tugurios de las calles próximas y que molestaban, entretanto, para distraer el rato, a las chicas que pasaban:

¡Pichón mío, ceboncito...! y otras cosas así de sosas y zafias. El señor Jaralambo me incordiaba maliciosamente cuando nos marchábamos:

— Oye tú, pinta, ¿adonde te llevas a la chica? Recuerdo que yo enrojecía de cólera. Y me daban ganas de injurarlo. Tula, por el contrario, se echaba a reír. Era una de las pocas veces que se reía. Entonces parecía verdaderamente boni-

ta; sus ojos castaños se humedecían, brillaban, relampagueaban. Eran unos ojos castaños vulgares, cansados, pero entonces se ponían muy dulces.

— Oye tú, pinta, ¿adonde te llevas a la chica?... volvía a preguntar el señor Jaralambo con su acento moraítico, y se inclinaba sobre mí con gesto regañón, como esperando mi respuesta. Pero entonces aparecía el señor Katsís en la puerta del despachito, echaba una severa mirada y el señor Jaralambo se sonreía y se retiraba al taller, para quitarse también él la blusa blanca, ponerse la chaqueta y marcharse.

El señor Katsís era un hombre extraño. Mientras su socio Yeoryú era locuaz y muy efusivo con todo el mundo, éste era taciturno y reservado. Se sentaba en la rebotica de tabiques encristalados, apoyaba la cabeza en la palma de la mano y parecía hundirse en reflexiones, reflexiones que duraban horas interminables, mientras miraba con indiferencia a la clientela que entraba y salía de la farmacia.

Era delgado, alto, moreno, de unos cincuenta años, canoso ya. Debió ser guapo cuando joven. Tenía unos ojos hermosos, serios; también sus labios eran hermosos aunque habían perdido su color sonrosado, y se habían puesto un poco amarrotados por la edad. Siempre aparecía cansado y de mal humor. Hablaba casi con monosílabos y rara vez se reía con las anécdotas sobre medicina del señor Arcondaris o con alguna broma del señor Focás, que, aunque bolsista, tenía mucha fantasía y buen humor y embromaba a Yeoryú que era bonachón, pese a su reconocida capacidad como comerciante.

El señor Katsís viajaba cada año, en una época determinada, a Francia y Suiza para abastecer de medicinas a su farmacia. Se pasaba de viaje como cosa de un mes y luego volvía a su rebotica un tanto cambiado, con aquel aire europeo de que dicen, y se ponía a esperar las medicinas que no tardaban en llegar. Entonces todo se llenaba de cajas. Las desclavaban cuidadosamente, las desembalaban y los estantes quedaban repletos de botellas y de frascos. El

suelo se cubría de virutas y de papeles que iban, después, amontonando para llevárselos, felices, los traperos, dejándonos así todo limpio y expedito.

Muchas veces el señor Katsís traía de Europa alguna especialidad nueva, desconocida. Entonces se discutía mucho y hasta él hablaba un poco más, explicando a los médicos la composición del fármaco o daba instrucciones al abogado sobre cómo proteger de las imitaciones a la especialidad. Algunas veces el señor Kotsís traía también algunos instrumentos médicos, algún aparato nuevo, y así parece que trajo el miembro viril con el que el señor Jarambo fastidiaba a Tula. Pero el señor Katsís era un hombre formal, serio; todos le respetaban y honraban. Y yo, naturalmente, mucho más, que sentía por él verdadera gratitud y que a su lado me sentía seguro, pues lo tenía por una especie de protector. La necesidad de protección paternal que me faltaba, con la orfandad, encontraba en él una, siquiera fuera pequeña, satisfacción. Además de que yo me daba cuenta de que él era el alma y la cabeza del negocio. Si su mano llegara a faltar del timón de aquel trabajo, el barco encallaría y todos nos iríamos a pique con él, no sólo Yeoryú, sino todos los demás. ¡Y era tan difícil entonces —¿acaso no lo es siempre?— hallar trabajo en Atenas!

En verano, la familia del señor Katsís se iba al campo, a Marusi. Tenía allí una bonita casa, un poco más arriba de la estación del ferrocarril, hacia Magufana. Estaba en medio de un bosque con árboles y flores y hasta allá lejos donde empezaba el declive de la colina los pinos perfumaban el aire y susurraban plácidamente.

Una de mis mayores alegrías era cuando el señor Katsís me enviaba a Marusi con algún encargo o con alguna compra. Yo tomaba contento el tren en la próxima estación de Laurio —la «fiera», así llamaban al tren, sin que yo pudiera comprender cómo podía ser una fiera un medio de comunicación tan agradable—, cuidaba de ocupar apresuradamente un asiento junto a una ventanilla y no me hartaba de ver el campo que entonces comenzaba un poco más allá

de la calle 3 de septiembre. ¡Oh, cómo me entusiasmaba el campo! Me sentía lleno de júbilo contemplando las colinas, los árboles, la hierba, las casas tranquilas en medio de los jardines, los sonrosados chicos y chicas, vestidos de blanco que paseaban indolentemente en las estaciones. ¡Todavía ahora que ya se ha perdido toda aquella gracia y verdor del Atica y que he conocido tantos otros paisajes llenos de encanto y de verdor, cuando estoy en Marusi, siento que el pecho se me inunda de una dicha pasajera, libre de cuidados. Pero cuando alguna vez paso por la casa de campo del señor Katsís, me viene el llanto a los ojos. Ahora está ya vieja y cerrada, y su jardín, completamente seco; el tejuelo de la puerta de la verja está roído y medio borrado: Villa Paz.

En verano, al señor Katsís le daba muchas veces pereza de subir a mediodía a Marusi y comía en el hotel «La Juventud», que a mis ojos era un establecimiento majestuoso, y después se volvía a la farmacia y se tumbaba un rato en una cama de campaña que con este fin le traíamos de su casa de Atenas y le poníamos en el taller. Allí, al fondo, hacía mucho fresco y reinaba una oscuridad que invitaba al descanso.

Yeoryíu, al que nada le cansaba y que era tragón y dormilón, no dejaba de ir a su casa ni en verano. No le importaba ni el calor ni el frío ni nada. Me acuerdo cómo el sudor bañándole la cara, grande y ancha, le bajaba por el cuello y por la espalda y la amarilla camisa de seda se le pagaba al cuerpo. Pero él no sentía nada. También en invierno, el aire fresco le ahuecaba la misma camisa de seda sobre el pecho —no llevaba tampoco chaleco— pero no se le daba un comino. Era fuerte como una roca.

— ¿Sabes que también yo me voy a quedar a dormir en el taller?... embromaba al señor Katsís. ¿No tenemos aquí cama de campaña? ¿a qué ir a casita, quitarte la ropa, ponerte el pijamita, para comerte tu buena comidita, beber tu buen vinito fresco, tumbarte en tu linda camita y luego trabajar y cansarte todo lo que resta de día?

Eran gustosos todos estos diminutivos, si se piensa que los decía de sí mismo un hombrarrón capaz de comerse un buey de una dentada o de dormir sobre una roca. El señor Katsís sonreía con su sonrisa contenida y un poco amarga. Pero a veces le cubría el rostro la sombra de una inquietud, de una duda. Era como si quisiera justificarse de este capricho suyo, de su pereza, y también como si se cansara de hablar.

— Cada uno tiene sus gustos... se limitaba a decir, y apoyaba la cabeza en la palma de la mano guardando silencio.

Nosotros, los de arriba, los del laboratorio, no nos íbamos a mediodía ni en invierno ni en verano. Eramos tres el «personal» y el hermano de Yeoryíu el «director». Este era un buen mozo que siempre estaba riendo —«pareces un tonto, siempre riendo»— le decía su hermano, pero sin dejar por eso de trabajar. Llevaba la «correspondencia», clasificaba las medicinas, llevaba los libros del almacén, recibía a los clientes y cuando teníamos prisa en el trabajo, no se le daba nada remangarse y ponerse a clavar o a acarrear cajas. Pero a la farmacia no bajaba nunca. No le iba aquel trabajo.

— Yo soy comerciante, no soy un boticario... decía con desprecio.

Acostumbraba a hablar de todo en primera persona.

— No tengo, decía, cuando le pedían una medicina que nos llegaba a faltar; nunca decía «no tenemos».

Era garrido y cantador. Muchas veces se distraía ensimismado allá arriba en el almacén y se ponía a cantar en voz alta. Una canción de su tierra, doliente, nostálgica. Entonces desde abajo, desde la farmacia, le silbaba regañándole el señor Jaralambo, ¡chis! y Jorgito —así le llamaban todos, menos yo que le decía siempre el «señor Jorge», al verse sorprendido, caía en la cuenta y bajaba la voz. Con lo que el canto se hacía aún más triste, más nostálgico, como el canto de un palikari esclavizado.

A mediodía, pues, nos quedábamos en el laboratorio y allí despachábamos la comidita que por la mañana nos habían preparado nuestras madres. Después nos recostábamos un poco contra unas cajas para descansar de la fatiga de toda la mañana. Naturalmente no podíamos dormir. Charlábamos de esto y de aquello. Aristóteles, el hijo de un sobrino del señor Katsís, que también era «chico» en el laboratorio contaba algunas veces «cosas feas». Se ufanaba de haber estado con mujeres. Y lo explicaba con todo detalle, pero nos parecía que mentía. Habría oído estas cosas en algún sitio y nos las servía como propias para darse importancia.

Alguna vez que estaba presente Jorgito, le preguntábamos, como si él estuviera obligado a conocer la vida de Aristóteles:

— ¿Es verdad, señor Jorge, lo que dice?

— Vete a tomar viento, nos respondía indignado, con desagrado, e insinuaba, por toda respuesta, una risilla, entre airado y sorprendido.

Después reprendía a Aristóteles:

— ¡Oye, tú, tonto! ¿No te he dicho que no digas porqué-rías? ¡Un día te voy a cascar!

Aristóteles se pasaba la lengua sobre los labios eternamente húmedos como para retener la saliva, y un poco atemorizado, callaba.

Entonces, en las cálidas tardes de verano, no sé porqué yo me acordaba de las pesadas bromas del señor Jaralambo a la pobrecilla Tula, y del terror de ésta; me acordaba de todos aquellos clientes que, vacilantes, pedían en voz baja y con toda discreción, un determinado producto farmacéutico, me acordaba también de los pilluelos que se reunían por la tarde en los cafetuchos de las callejas y reñían y hablaban a escondidas, confidencialmente, con las mujerucas de los tugurios, y pensaba que el amor debía de ser una cosa muy misteriosa. Parece que mi orfandad y la vida dura y pobre y llena de privaciones de nuestra casa, el pesado cansancio de un trabajo prematuro impedían en mí el

despertar de los instintos. Yo no entendía nada de esas cosas y un sentimiento de temor velaba hasta aquel primerísimo imperceptible palpito del corazón que yo experimentaba cuando me encontraba con Helenita, cuya hermosura y buen juicio eran famosos en todo mi barrio.

Era una calurosa tarde de agosto, cuando, no me acuerdo porqué, tuve que bajar a la farmacia. El almacén comunicaba con la farmacia a través de una escalera de caracol interior, medio oscura, que acababa en una puertecilla de cristales borrosos que daba al taller. Cuando la farmacia estaba abierta, el señor Jaralambo cerraba la puertecilla con un pequeño cerrojo, porque no quería que lo molestáramos subiendo y bajando. Entonces bajábamos a la farmacia por la escalera de la calle. Cuando la farmacia cerraba a mediodía, el que se hallaba abajo recorría el cerrojo de la puertecilla para que pudiéramos pasar. Pero en verano, los días que dormía el señor Katsís, la puerta permanecía cerrada. Bajábamos, pues, despacio, probábamos más despacio aún haciendo girar el pequeño cerrojo, y cuando la puerta estaba cerrada, comprendíamos que dormía el señor Katsís y nos volvíamos otra vez arriba sin hacer ruido para no despertarlo. Respetábamos su sueño, pues nos halagaba esta sencillez suya de quedarse los mediodías en la farmacia con nosotros como un común empleadillo más.

Así, pues, aquella tarde, yo bajé despacio y empujé suavemente la puerta que estaba entornada, lo que significaba que el señor Katsís no estaba en el taller. Penetré, pues, resueltamente, silbando, en el taller medio oscuro. Mas cuál no sería mi sorpresa y mi turbación cuando mis ojos presenciaron la siguiente escena:

El señor Katsís estaba sentado encima de la camilla y tenía a Tula en sus rodillas. Con el brazo pasado por el grácil talle de ésta, se inclinaba en aquel momento para besarla en el cuello y la muchacha parecía recibir sin protestar, pero también con indiferencia, las efusiones amorosas del señor Katsís, todo encendido y entregado a su pasión. El lienzo de

la cama se ahuecaba bajo el peso de los cuerpos y las maderas crujían un poco con un chirrido agudo y molesto.

Yo que no sabía cómo queda transformado el aspecto del hombre al tiempo del amor, quedé aterrado cuando vi así a aquella persona tan formal y que ahora más se asemejaba a un animal que a un hombre. Y me espantó más el cambio, por cuanto la pobre muchacha aparecía serena, sin tomar parte en esta exaltación. Diríase que una pequeña máscara de cansancio e indiferencia había cubierto su cara, casi lo mismo que cuando se veía atormentada por los dolores de cabeza.

Pero mi repentina irrupción en el taller sacó a la muchacha de su indiferencia. Dio un pequeño grito, asustada, y pudorosa, se llevó aprisa las manos a la levantada falda para bajársela hasta por debajo de la rodilla, y se quedó mirándome en silencio con una expresión implorante de terror y de súplica que no olvidaré nunca.

También el señor Katsís perdió el dominio de sí en el primer momento. Después parece que se sobrepuso; recobró su grave talante y sin moverse, sin apartar de sobre sí a la muchacha, como si quisiera convencerme de que lo que yo estaba viendo era algo natural, algo lícito, me espetó las siguientes palabras:

— ¿Qué buscas aquí, sinvergüenza?

Yo recibí la injuria como un latigazo. Era la primeza vez que el señor Katsís me dirigía una dura palabra, la primera vez que me ofendía. Y esto, ¿cuándo? Justamente cuando de modo tan repentino se borraba en mí y caía hecho añicos todo el respeto que yo sentía por aquel hombre tan formal y taciturno. Di unos pasos hacia atrás, salí precipitadamente, cerré con fuerza, pero despacio la puertecilla, y, a la tercera o cuarta escalera caí de rodillas y empecé a llorar en silencio, entre sollozos, procurando que no me oyeran arriba:

— Dios mío, ¿por qué lo he visto?, ¿por qué lo he visto?...

Por la tarde no bajé a la farmacia. Por primera vez desde que me puse a trabajar allí, no me moví del taller, no fui a

hacer ningún recado al señor Jaralambo, no salí a la sala de la farmacia para, recostado en un rincón, en las grandes vitrinas de nogal, seguir el movimiento de los clientes, de los médicos, de los amigos que vendrían como cada atardecer, a reunirse en la rebotica. Al día siguiente por la mañana, hacía ya bastante tiempo que nos habíamos presentado a nuestro regular trabajo y cuando empezaba a calmarme un poco continuando mi tarea, me llamó el señor Jaralambo desde la puertecilla. Me pareció notar en su voz como un nudo, como un acento de timidez. Cuando bajé, vi que me esperaba, no como de costumbre, agachado, entretanto, sobre el ancho mármol con las recetas y los frascos de colores, sino de pie, teniendo cerrada con la espalda la pequeña entrada de acceso del taller a la sala de farmacia. Me dijo que, dado que había disminuido el trabajo en el laboratorio y, supuesto que los dueños pensaban ampliar mucho más la farmacia para lo que había que tomar un mancebo que supiera de recetas, sintiéndolo mucho, el señor Yeoryú y el señor Katsís —era la primera vez que oía decir primero el nombre de Yeoryú— se veían obligados a despedirme. Me dijo que podía irme inmediatamente, en aquel instante, no importaba que tuviera cobrado un sueldo por anticipado, que me lo regalaban.

De nuevo sentí acudir las lágrimas a mis ojos. Después me dio un arrebató de rabia, de cólera. Quise ponerme a gritar, quise decirle al señor Jaralambo la verdadera razón de mi despido. Pero no hablé. Salí a la calle llorando nuevamente. Luego quedé sin trabajo por algún tiempo, lo que sentimos mucho en casa.

Pasaron muchos años sin que yo olvidara la escena de aquella tarde. Aquel mi primer encuentro doloroso con la pasión erótica de los hombres. Pero cuantas veces, las pocas veces que tuve ocasión de acercarme a un rostro de mujer, con angustia que apagaba en mí todo el gozo del amor, yo intentaba ver si acaso estaba impresa en él aquella

máscara de indiferencia, de resignación, si aquella máscara se contraía con el dolor y la súplica que yo vi entonces grabadas en el rostro de la ya lejana Tula, desvaída y medio borrada de mi mente. En cuanto al señor Katsís, que aún vive, y que por casualidad veo alguna vez de lejos por la calle, como un viejecito encorvado, esquelético, no puedo llegar a creer cómo este gastado saquillo de huesos fue en un tiempo un hombre enardecido por el fuego carnal. Y aunque al verlo experimento hacia él un sentimiento instintivo de repulsa, siento también a la vez un poco de tristeza, de lástima...

1957



## Las Sombrillas

Cada vez que toca pasar por las Sombrillas, me acuerdo, emocionado, de aquella, olvidada ya, inquilina nuestra que se suicidó allí.

¿Conocéis las Sombrillas? Son un trozo de playa un poco más allá del Edén del Antiguo Falero, hacia Kalamaki. Un pedazo de costa, cortada a tajo, profundamente, como con un enorme cuchillo. Abajo, en lo hondo, el mar penetra por las lenguas de esta tierra blanda, ronca sordamente en las pequeñas cuevas de tierra, que, sin ser de roca, son abruptas, sinuosas, y se parecen a gigantescas serpientes enroscadas, pues son lisas, relucientes, blandas.

Ahora este peligroso trozo de la costa de Falero está cercado por una alambrada. El desprevenido paseante no tiene el peligro de hallarse de repente bajo la mar profunda. Y unos salientes labrados sobre la blanda escarpadura de la abrupta costa, y que servían a las parejitas a modo de asiento especial fueron también cercados.

Sobre estos salientes de la tierra seca y pelada, los clubs playeros del Antiguo Falero pusieron cada uno una gran sombrilla de colores para el sol. Quizás por esto aquel sitio se llamó las Sombrillas. Todo aquel lugar es escarpado, salvaje, como una réplica chocante a la suave playa de encaje de Falero. Parece un trozo de Santorini. Y el mar muge siempre allá abajo en las suaves cuevas inaccesibles, invisibles desde tierra, ya que la escarpadura es casi vertical. Pero oyendo su estruendo a uno se le antoja que el mar lucha por ir erosionando poco a poco las lenguas de tierra de la abrupta costa, por arrastrar la tierra a un nuevo corrimiento que dé más grata forma al paisaje. Aquí, pues, en las Sombrillas, se suicidó nuestra inquilina. ¿Cómo se llamaba? Ya no me acuerdo ni de su nombre de pila. Pasó

como pasan los seres insignificantes por las grandes ciudades, sin nombre ni apellido, números entre los millones de transeúntes. Una muchacha anónima. Puede que ya nadie exista, ni amigo ni pariente, que se acuerde de ella. Habrá muerto —murió— hasta el que fue culpable de su suicidio.

Sin embargo, si no recuerdo el nombre de la muchacha, recuerdo a veces su existencia, su breve presencia junto a nosotros, muy viva. Me acuerdo, como si fuera ayer, anteayer, ahora. Si tuviera que describirla con dos palabras, tendría que decir que era la figura femenina más frágil y más noble que he conocido hasta ahora en mi vida.

Desde el día, que el hotelero de mediana edad —me lo estoy representando ahora— vino con ella y nos la presentó y alquilaron la habitación, a mi madre y a mí se nos hizo simpática la muchacha. A mi madre, como si fuera la hija de una antigua amiga suya, a mí, como si fuera su primito.

El cuarto que alquilaron estaba junto, contiguo al nuestro, sólo nos separaba una puerta. Para pasar a él, había que cruzar por nuestra habitación. Y así, un sentimiento de malestar, un sentimiento de terror ante el desconocido e indiscreto forastero nos helaba la sangre cada vez que un nuevo inquilino de la habitación empezaba a cruzar por la nuestra. Era como si desnudaran de repente nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestros pensamientos para que los viera un nuevo forastero, un desconocido. La concha dulce, la concha cálida y secreta, que es para cada hombre su casa, indiferente que sea palacio o choza, concha secreta donde se puede recluir protegido de la curiosidad de los indiscretos, para orar, comer, hacer el amor, soñar o llorar, era para nosotros entonces algo inexistente. Eramos presa, juguete a los ojos de cada inquilino de la habitación contigua. Este podía pasar, nos estuviéramos vistiendo, estuviéramos comiendo o durmiendo. Podía detenerse un minuto, dos minutos, y curiosearnos, como objetos que se miran expuestos en un escaparate. ¡Oh, cuántas veces nos parecieron siglos estos dos instantes, este instante de curiosidad!

Pero la muchacha, desde el primer momento que pasó por nuestra habitación, nos pareció que no era forastera, que era como algo nuestro, a quien no teníamos nada que ocultar. Pasó y no sentimos que sus ojos se posaran en ninguna parte, como si estuvieran fijos en otras visiones, en visiones lejanas. Desde el primer instante sentimos por ella un sentimiento de gratitud. Y no eran sólo sus ojos. Todo su cuerpo era tan delicado, tan etéreo, que uno llegaba a pensar que más que una mujer de carne y hueso cruzaba por la habitación una visión. Tenía un andar suave, silencioso, como si no pisara el suelo o calzara babuchas de lana con gruesa suela de algodón y no de piel. Hasta sus tímidas «buenas tardes» de los primeros días eran un ligero movimiento de labios, algo así como un susurro, como un murmullo.

— ¡Buenas tardes, hija mía! Desde la primera tarde, mi madre empezó a llamarla de este modo, así de sencillo, de espontáneo.

Y no era ya ciertamente una cría. Era una mujer. Era amante del hotelero que la trajo a casa. Al principio él más bien parecía su protector, como un pariente o un tío suyo, pero era mucho mayor que ella, un hombre de pelo ya gris, de mediana edad. Tenía un gran hotel con habitaciones para dormir en una calle céntrica, allí cerca. Era un hombre apacible, serio, adinerado; lo conocíamos desde hacía tiempo. Si no me equivoco, hasta estaba casado.

El hotelero venía a la habitación después de mediodía. Con no mucha regularidad. Estaba poco con la muchacha; dejaban siempre la puerta entreabierta. Aunque lograban hablar sin ser oídos. Hasta nosotros llegaba un tenue, monótono susurro de palabras. Nunca se oyó otro ruido, nunca tuvimos motivo para imaginarnos nada más, jamás nos molestaron. ¿Qué se decían en aquellos diálogos susurrados que a veces duraban largo rato, que resultaban casi como una muda conversación de ojos? Así me lo imaginaba yo, porque apenas oscurecía, ella encendía la lámpara; nunca supimos que permanecieran a oscuras.

Algunas veces salía ella por las tardes y se iba al hotel; quizás allí tuviera más intimidad con su amigo. Sin embargo, la mayor parte de las veces se quedaba en su cuartito que poco a poco había ido adquiriendo algo de su apacibilidad, de su gentileza; se sentaba junto a la ventana del tabique que se abría hacia el patio de la casa de enfrente y leía o bordaba. A tiempos dejaba de leer o de bordar y quedaba en silencio, como para descansar, mirando a las vecinas que lavaban en el patio, o al oficial que reparaba viejas cajas de mercancías, las reforzaba y las dejaba alineadas en un rincón.

En la ventana había puesto dos finas cortinitas, muy tenues, plegadas en su parte de abajo, y por su abertura se podían mirar abajo, al patio. Con este adorno, la ventana parecía que daba a un patio florido. Y efectivamente, poco a poco, su habitación empezó a oler gratamente, desapareció el olor desagradable de los antiguos inquilinos, y algo así como el perfume de la ropa bien lavada, como un levísimo aroma de acacia se esparció por la habitación y llegaba hasta nuestro cuarto.

No cocinaba en la habitación, como los otros vecinos. La comida se la mandaba su amante de un restaurante cercano. Por la noche comía poquísimo, un yogur, un poco de leche. El procuraba que la comida fuera muy buena, exquisita. Ella no se interesaba gran cosa, no se daba prisa por ver lo que era; cogía despacio, sin hacer ruido, los platos tapados, con una sonrisa gentil y amarga a la vez. Alguna vez nos convidó con algún aperitivo, con alguna fruta.

Nunca la oímos quejarse, enfadarse. Mostraba gran respeto hacia su amante, evitaba pronunciar su nombre.

— No ha mandado el alquiler... o no vendrá hoy... así hablaba sin decir su nombre, aunque ya se sobreentendía que se trataba de él. Además, en todo el tiempo que vivió allí, no la visitó ninguna otra persona.

Así transcurrieron dos o tres meses, y la muchacha, que para nosotros seguía siendo una verdadera desconocida,

se nos convirtió en una existencia amada. Hasta que de repente un viento frío vino a turbar la paz paradisíaca de nuestra vida.

Durante varios días al hotelero no se le vio en absoluto, ni siquiera en aquellas sus escasas visitas. Después sucedió otra cosa muy grave: cesó el envío de la comida de mediodía. Ahora salía ella un poco y volvía siempre agitada, a punto de llorar. Mi madre se intranquilizó.

¿Qué ocurre, hija mía? Oí que le preguntaba un día a nuestra joven amiga.

Ella no dio respuesta. Pero un día se inclinó sobre el pecho de mi madre y rompió a llorar. Mi madre comprendió. Sin decirnos nada, fue aquella misma tarde a ver al hotelero. Qué hablaron, cuál era la causa de su frialdad no lo supe jamás. En esto medió el suicidio de la muchacha y mi madre selló su boca. Quizás porque no quería abreviar mi alma juvenil con una amargura prematura aún.

Cuando una tarde que la muchacha faltaba de casa, resonó nuestra puerta sacudida violentamente e inmediatamente después que mi madre abrió asustada, se precipitó en la habitación el hotelero fuera de sí. Venía, lo recuerdo, sin sombrero, con los grises cabellos caídos sobre la frente, el chaleco desabrochado; en todo su semblante el terror y el horror de la muerte habían desfigurado aquella expresión fríamente reservada que tenía siempre, cuando cruzaba por nuestra habitación para ir a ver a su amante. Era otro hombre, al que yo veía por primera vez.

— Por Dios, señora Sofía, gritó llorando, corra usted, venga, ayúdeme. ¡Vayamos corriendo en su busca! ¡Anticipémonos! Dice aquí que se va a suicidar... y alargaba a mi madre, con la mano que le temblaba convulsivamente como la mano de un epiléptico, una cartita.

Mi madre no tendió su mano para coger la carta, pues además no sabía leer. Y así la mano del hotelero quedó por un tiempo temblando en el vacío con la blanca cartita entre sus dedos amarillentos por el cigarro. Después mi madre se echó por la cabeza aquella pañoleta negra que, desde

la muerte de mi padre —¡cuántos años ya!— era el único adorno de su rostro melancólico, y antes de que yo llegara a comprender de qué se trataba exactamente, siguió al hotelero. Oí por poco tiempo crujir las escaleras bajo sus pisadas apresuradas. Después, cuando se hizo el silencio, empujé la puerta medio entornada de la habitación de la muchacha y entré.

Todo estaba allí en orden, bien cuidado. Su camita estaba lindamente hecha, las babuchas puestas al lado de la puerta, como acostumbraba a ponerlas siempre, para tenerlas a mano, cuando volvía a casa.

Me detuve un poco a curiosear solo en la habitación. Pero luego un sentimiento de timidez, de pudor, algo como un profundo respeto y poco a poco como de temor se adueño de mi alma. Salí del cuarto pisando de puntillas, como para no despertar a alguien que durmiera.

Cuando salía, el viejo suelo de la habitación crujió levemente. En el pequeño estante de junto a la puerta, unas cuantas chucherías que, con infantil ingenuidad, tenía allí por adorno, se movieron un poco, como si fueran algo vivo.

Mi madre volvió al anochecer. Me encontró esperándola en el portal. Cuando le pregunté qué había pasado, no me contestó. Con emocionada ternura, me pasó su brazo, cansado, por el hombro, como si fuera a abrazarme, como para protegerme de algún peligro oculto, y me empujó suavemente hacia casa. Subimos despacio, fatigosamente, las escaleras. Entramos a nuestra habitación a oscuras y hasta que mi madre encontró las cerillas y encendió la lámpara, no me aparté de su lado. Después me puso de comer, se sentó a mi vera y mientras yo comía, me estuvo mirando con amor. Cuando me fui a dormir, antes de que mi madre apagara la lámpara, le pregunté:

— Pero, ¿por qué se suicidó, madre?

Mi madre no me quiso decir nada. Me contestó:

— Ahora duerme, hijo mío, más tarde lo sabrás... Quedó allí junto a mí; yo estuve oyendo su respiración un poco

cansada hasta que poco a poco el sueño vino a cerrar mis párpados.

Pasaron tres o cuatro años, y una tarde de verano en que íbamos a ver a una prima de mi madre, recién establecida en Kalamaki, allí en las Sombrillas, mi madre se detuvo un momento y, con voz emocionada, me dijo:

— Mira, ahí se suicidó. Desde aquí se tiró al mar y se ahogó...

Yo avancé hacia el precipicio. Los asustados gritos de mi madre... ¡no!... ¡no!... me detuvieron a corta distancia del borde de la orilla. Pero llegué a ver abajo en el fondo el agua verdosa del mar resonante sordamente en una profunda oquedad. Un suave estruendo, luego algo así como un resbalar la seda, un repliegue del agua hacia atrás reavivaban un poco el mar en calma. Ahí mismo encontraron sus zapatillas, me dijo mi madre siempre con emoción. Se las había quitado antes de tirarse, las había puesto aquí con cuidado, la una junto a la otra. Yo me acordé entonces de las zapatillas. Eran acharoladas, un poco gastadas; el charol estaba agrietado aquí y allá. Era un par de zapatillas de punta fina, casi como las que llevan las señoras en traje de baile.

— ¿Y por qué se mató, madre? Ahora ya soy mayor, y creo me lo puedes decir..

— ¿Y de qué te va servir, hijo mío, el saberlo? me respondió ella con amargo estoicismo. Me dio vergüenza de insistir más. No quería que supiera, ni siquiera mi madre, que pretendía violar el secreto de una muerta. Pero yo presentía que la muerte de aquella muchacha guardaba alguna relación con el amor.

Durante muchos años me había imaginado el amor como a un pequeño y travieso angelote con alas, aljaba y flechas que eran más juguetes que flechas. Ahora lo veía como a un hombre de mirada torva, de mediana edad, casi como aquel hotelero, que se inclinaba aquí por encima del mar verdoso, mirándolo sin vértigo.

Desde entonces uní el sitio, las Sombrillas, con el amor y la muerte. Nunca me paré aquí a contemplar a lo lejos las aguas del Sarónico. Y las mesillas de los clubs playeros, hundidas en la arena, se me antojaban siempre como trampas de muerte, como catacumbas de muerte que se abren de repente quedando uno atrapado allá abajo en el agua. Hasta tal punto, que mucho más tarde, a la mitad de mi vida, yo, experimenté un verdadero alivio, cuando vi que aquella parte de costa peligrosa había sido cercada con una alambrada.

1959

## LOS TOLDOS

Cuando se decidieron por fin a poner el toldo, el verano iba ya muy avanzado. Así ocurría siempre. Lo que decidían, lo hacían con retraso; quedaba poquísimo tiempo para que aquello les fuera útil o les proporcionara contento. Y muchas veces no quedaba ya materialmente tiempo. Sin embargo, ahora dijeron lo de poner el toldo. Aparte de que había aún bastante verano por delante, estaría listo, colocado y seguro para el verano siguiente desde el principio.

— Bueno, ¿qué dices?... ¿Estás decidido?... preguntó ella un poco nerviosa, y en su pregunta era evidente su determinación a colocar el toldo.

— Pues vamos a ponerlo, dijo él con indolencia. Así daba siempre su conformidad, pues si nunca su opinión era contraria, nunca tampoco actuaba con rapidez, con resolución. Se llegaría a creer que su condescendencia era en el fondo una negativa, era la certeza de que no iba a realizarse lo decidido; ¿para qué, pues, mostrar desacuerdo? Pero esta vez, en este asunto, añadió:

— Pues vamos a ponerlo. Y la añadidura indicaba que también él quería el toldo de una manera resuelta, verdadera.

Y así, aquel mismo día por la tarde, bajaron a la tienda especial en que se venden los toldos, vieron mecanismos, eligieron telas, pidieron precios y decidieron: El toldo ocuparía todo lo largo del balcón que quedaría enteramente cubierto, también por los lados, y sería de tela verde, con flecos blancos, o mejor plateados, en forma de ondas en los bordes. Exactamente igual que el toldo de los vecinos de enfrente...

Conviene decir que los vecinos de enfrente desempeñaron un papel decisivo para que ellos se determi-

naran a colocar su toldo. Los de enfrente lo tenían puesto desde el verano pasado. También era de lienzo verde, con flecos plateados en forma de ondas, y lo corrían con un dispositivo eléctrico. No necesitaban del esfuerzo y de la lentitud de correrlo y descorrerlo con la mano.

Cada mediodía, pues, los de enfrente pulsaban desde dentro de la habitación el botón eléctrico y su toldo bajaba lentamente sobre el gran balcón, que era muy espacioso, casi como una galería. ¡Y qué lindamente daba sombra al balcón el toldo; qué lindamente se agitaban al aire sus flecos; con qué frescor ondeaba después con el vientecillo de la tarde! Parecía entonces el balcón la cubierta de un barco que navega por el mar azul y la brisa marina juguetea con sus tiendas y sus banderas.

Los vecinos de enfrente no recogían su toldo por la noche. Encendían en el balcón dos o tres luces eléctricas en globos redondos y blancos, colocaban acá y allá dos o tres lámparas portátiles con pantallas de colores, y el balcón semejaba entonces un lugar de cuento de hadas, una fiesta nocturna iluminada a la veneciana. Sus macetas recién regadas adquirían las dimensiones de un jardín colgante, y los vecinos de enfrente, que siempre aparecían bien vestidos y peinados, extendían sus sillones de tela, adornaban con flores las mesitas de paja, recibían a sus amigos y conversaban con ellos, reían, bebían, comían, hasta después de medianoche. Y todo esto, todo esto, bajo el toldo, que, a tiempos, cuando le soplaban los repentinos airecillos nocturnos, parecía como si cobrara vida alegremente, como si se convirtiera en un amplio vestido del balcón al que hinchaba el viento y lo plegaba, como el vestido de una bailarina de cuerpo delicado y elástico.

En efecto. La dueña de la casa de enfrente era grácil y juncal, como una joven bailarina o como una de esas mujeres jóvenes que te parece que bailan o que dirigen una pequeña orquesta hasta cuando empuñan un palo de es-

coba, y están barriendo el balcón. Y el vecino de enfrente era, desde luego, un señor de edad avanzada, mucho mayor que su mujer, pero también esbelto, de aspecto siempre cuidado, siempre perfectamente afeitado y peinado. Los dos formaban una pareja elegante que, al menos parecía jovial y optimista.

En fin, que influyó mucho en ellos el toldo de los de enfrente. Ellos, al anochecer, se sentaban completamente solos en su balcón, con cierto abandono. Apagaban también las luces de las habitaciones para no ser vistos y permanecían en silencio, siempre en silencio, él, pasando las cuentas de un rosario del Monte Athos, y ella con los brazos cruzados sobre el pecho y su bella cabeza inclinada sobre el hombro. Cuando querían beber un poco de agua, se levantaban a tientas, a oscuras, iban a la cocina, bebían y volvían al balcón, a tientas de nuevo. Y si llegaba hasta ellos un poco de luz era sólo la que se escapaba del toldo de los de enfrente que se reflejaba en la dura y quemada pared de cemento de su propio balcón, que estaba reseco, sin macetas, sin flores, sin riego vespertino.

Especialmente este verano el movimiento era muy sensible en el balcón de enfrente. Casi cada atardecer se reunían allí grupos de amigos, radiantes de contento todos, señores de casa y visitantes. Las joviales exclamaciones de las mujeres, las tranquilas y por lo mismo permanentemente optimistas conversaciones de los hombres llegaban hasta el balcón en tinieblas y aguzaban la curiosidad, primero, y después la admiración por la felicidad de los otros hombres, por la alegría y el goce de la vida.

— Vive, mujer, la gente vive... decía él y su voz tenía un poco de envidia y un poco de resignación a la vez que cierta prevención cristiana frente a la vanidad de las cosas mundanas.

— Sí, vaya que sí vive... le respondía ella, con un tenue acento de reconvención, como si él sólo fuera el responsable de la desidia de ambos, cuando los dos lo eran.

Así, que decidieron poner ellos también su toldo. La consideración de que de esta manera defenderían mucho su departamento del calor, de los ardores de los primeras horas de la tarde era más un pretexto que la razón determinante de su colocación. En el fondo el toldo era la esperanza de un cambio.

Y se colocó el toldo. Al principio se alborotaron, cuando vieron el camión de la tienda de toldos pararse delante de su casa, cuando vieron descargar todos aquellos hierros y lienzos. Después se les rompió el corazón de temor cuando seguían con la vista a los jóvenes obreros encaramados en el barandal del balcón atornillando las varillas de hierro, atando y extendiendo la lona verde y finalmente probando el toldo.

Cuando los chicos, los obreros, recogieron sus herramientas y los restos de los tornillos y de las cuerdas, y se marcharon y la casa quedó en silencio, los dueños de casa bajaron poco a poco el toldo. Y el balcón quedó en sombras y el frescor se esparció por toda la casa. Desde luego era cierto que el toldo daba mucha sombra. La recia luz estival se suavizó, las paredes de las habitaciones tomaron una coloración verde y el ardor de la tarde se hizo más templado. Y sobre todo el balcón quedó más oculto; ahora aparecía como un lugar protegido de cualquier mirada indiscreta. Especialmente aquellos laterales lo cerraban por completo, lo convertían en una gran tienda, como las campestres o las militares que levantan junto a la playa o en un bosque de pinos.

— ¡De verdad que está bonito!... acertó él a decir así, la frase más común que podía pronunciar un erudito —pues un erudito era que escribía folletines románticos en semanarios populares.

Ella no estaba en absoluto de acuerdo. Era una mujer melancólica, a la que nada entusiasmaba plenamente y que siempre tenía ante sí el fantasma de la vanidad de las cosas del mundo.

— No está mal... Pero ¿quién lo correrá y descorrerá?...

La observación no envolvía en ella la queja de que su toldo fuera inferior al de los vecinos de enfrente, que se corría y descorría con un resorte eléctrico. Era una sincera lasitud, una verdadera indiferencia de las que casi siempre caracterizaban a su mujer.

— Yo, querida... y el «querida» fue dicho dulce y tiernamente, pero a la vez como una protesta, como una queja, porque veía una vez más lo insatisfecha —justamente insatisfecha— que quedaba siempre su mujer.

Pero poco a poco, a pesar de la aseveración del marido, el toldo no se corría ni descorría. Y poco a poco se fueron cansando los dos de él. Y hallaron la solución de dejarlo continuamente bajado, al menos lo que quedaba de verano. Por lo que su departamento permaneció en una sombra constante. A las paredes y a las verjas, tras las que se había aislado años y años ahora la pareja, se añadió también el toldo para apartarla del mundo mucho más aún. Llegó el otoño, llegaron al fin las primeras lluvias refrescando la reseca tierra del Atica y el toldo continuó bajado. Lo ahuecaba el agua de la lluvia, perdió su flexibilidad, su vibración, parecía como pellejos rotos que contienen aún un poco de agua. Y en los bordes de los flecos le destilaban las gotas de la lluvia como lágrimas.

Entretanto, los vecinos de enfrente que habían regresado de su viaje de otoño, recogieron su toldo, quitaron la lona y, bueno, la guardaron en el desván para que no se estropeará durante el invierno. Y su balcón quedó al descubierto, gozando de toda la tibieza del sol invernal.

De la tienda de toldos telefonearon a la pareja preguntándole si quería que fuera un obrero a desmontarle la lona.

— No, no... respondieron la mujer y el marido, casi aterrados. Y el pobrecillo toldo quedó enrollado sobre la barra de hierro mojándose todo el invierno.



## Una taza

Lo de romperse la taza vino al fin, tarde ya, de noche, como una punzante puñalada dada con un largo y reluciente puñal, que, después de clavarse superficialmente, pero repetidas veces en diferentes partes del cuerpo, se hundiera al cabo en el corazón.

La taza era hermana gemela de otra. Se diferenciaban sólo en el color de por de fuera; rosada, la una, de un rosa muy suave; azul celeste, la otra. Las dos tenían el mismo tamaño, la misma forma; las dos estaban adornadas por de fuera con el mismo dibujo dorado, y por dentro eran también doradas: delicadas, alargadas, frágiles, con asitas doradas. Justamente esta asita dorada de la taza rosa fue la que se rompió. Nadie sabe cómo sucedió esta desgracia. Por otra parte, los presentes no eran muchos, sólo la mujer y el marido, que habían quedado solos, porque ya se habían marchado todos los invitados del día. Se habían ido... En la casa quedaba el humo y el olor de los cigarros, las tacitas aún sucias del café y los platillos del dulce; todavía no se había apagado el eco de las conversaciones de toda la tarde que seguían zumbando y que llegaban descompuestas, fragmentadas, como jirones de pensamientos y frases, a los oídos, al cerebro cansado de los dueños de casa.

Pero ahora reinaba ya en la casa un silencio absoluto. Una grata paz. Como la que se extiende en una sala en la que tuvo lugar una tumultuosa reunión política después que se han marchado los que discutían acaloradamente y se han apagado las luces y el portero ha cerrado la puerta y bajado al semisótano, a su vivienda; o como la que se extiende en el aula de una escuela, cuando, tras el alboroto de los niños, se ha marchado ya hasta el último de ellos y

el salón queda vacío, solo con la pizarra sin borrar aún, con los últimos escritos de la tiza: un círculo, o una ecuación o un vocablo difícil de un texto antiguo. Pues este silencio admirable es el que vino a turbar el ruido pequeño, mínimo, pero verdadero, metálico, que hizo la tacita, porque cayó en el suelo de piedrecitas blancas, que es implacable: lo que cae sobre él tiene que romperse, no queda otro remedio.

Lo inesperado es que la tacita no estaba siquiera sucia, no había sido usada aquella tarde. Las dos tacitas gemelas, la rosa y la celeste, no las usaban los señores de casa cuando tenían invitados. Entonces ellos tomaban el café en tacitas de la cocina, porque les daba vergüenza el tener esta distinción para con ellos mismos, este lujo de las tazas especiales. Es más; ni ellos mismos habían deseado comprarse unas tazas así. Se las había enviado del extranjero un pariente suyo, por lo que por una vez consintieron en ceder a este lujo, al egoísmo de tener exclusivamente para sí dos tacitas buenas para el café de la tarde. El café de la tarde era para ellos un placer, pequeñito, insignificante, pero cálido, cordial. Lo tomaban silenciosamente, con cierta ensoñación un tanto maquinal, exterior, pero muy relajante. La mujer empleaba la taza rosa, el marido, la azul celeste. Los colores del exterior eran como para sugerir la diferencia del sexo, para mantener la autonomía de las personas; el dorado del interior, igual en ambas, era como si simbolizara la irrompible unión de la pareja. Así interpretadas las cosas, las dos tazas ligaron bien con los dos compañeros.

La tacita, pues, no había sido usada; no se rompió lavándola o secándola. Estaba en su sitio, inmóvil, sin ser tocada, en el armario de la cocina, en el anaquel de abajo, cubierta con un plástico blanco. La tacita se rompió cuando el marido, que ayudaba a su mujer, colocaba las otras tazas en la parte posterior del anaquel. Parece que la empujó con la manga, desabrochada; la tacita se movió un poco en su platillo, se balanceó y rodó por el pavimento acanelado. Al

caer de tan poca altura, la taza tintineó metálicamente, dio dos o tres vueltas por el suelo, y se rompió. O sea, se rompió su asita dorada, la taza quedó sin asa, apareciendo al instante como una horrible cosa mutilada, que ya resulta inservible. Lo normal hubiera sido tirarla sin más al cesto de la basura. Pero la esposa la cogió tiernamente, recogió los trocitos del asa, los colocó en el platillo y puso la taza en el anaquel. Ahora la otra taza, la azul celeste, que había quedado allí, al lado, como sola, como inútil, a pesar de estar entera, habría normalmente también que tirarla.

Siguióse un breve silencio de estupor, de terror. Después el hombre se golpeó dos o tres veces en el pecho con los puños y salió casi corriendo hacia la sala de recepción, ahora, en tinieblas, se desplomó en un asiento y empezó a llorar en silencio. La mujer corrió también a su vera intentando consolarlo, tranquilizarlo. Trataba de convencerlo de que a ella no le había afectado la rotura de la taza. En un momento, le dijo:

— ¡Como si me fuera a morir!...

Estas palabras dichas para distraer su atención de lo de la taza, poniéndole ante los ojos algo terrible, ante lo cual las tazas, los jarros, las estatuillas, los cuadros, todos esos objetos de los pobres hombres a los que tantas fatigas y tanto dolor les cuesta primera su adquisición y algunas veces su pérdida, son nada, con cosillas insignificantes y sin importancia, estas palabras, digo, tuvieron un resultado contrario: destrozó más el corazón del marido, como si le retorciera un puñal adentro y la sangre le brotara impetuosa, irresistible, como una fuente incontenible. La mente cansada del hombre recibió al punto, como el augurio de un terrible mal, la rotura de la taza rosa, que era la taza de su mujer. Vio en un instante el fantasma de la muerte revolotear por la habitación en penumbras, las alas de la muerte golpearon levemente el gran cenicero de cobre contra su soporte y el escalofrío del metal resonó de modo sordo, pero perceptible.

— ¡Como si me fuera a morir!...

¿Puede acaso, de verdad, la inexplicable rotura de la taza, acaecida sin culpa de nadie, ser el augurio de otro mal, no precisamente de una muerte, sino en fin de otro mal, puede convertirse en la más amarga recompensa a todo un día cuya tranquilidad y descanso habían sido sacrificados a unos buenos jóvenes amigos?

Desde mediodía hasta hacía poco, estos buenos amigos habían estado aquí comiendo, bebiendo, discutiendo, en la cálida acogida de una reunión familiar. Ahora acababa de marcharse el último, el más rezagado, y la tranquilidad se había desparramado por la casa. El señor de ella soñaba en gozar un poco de esta tranquilidad, cerrando los ojos, los oídos y la boca, para no ver, para no oír, para no hablar, permaneciendo inmóvil, inerte, hundido en una butaca en la penumbra.

Sus buenos jóvenes amigos no lo habían cansado. No le habían molestado lo más mínimo tenerles que ofrecer las pocas horas dadas al ensueño, aquellas pocas horas de la tarde del domingo, que son las únicas y tan escasas que le quedan a un trabajador. El cansancio era ya permanente para él. Había perdido tantas horas para soñar —una vida entera— que las pocas dedicadas a unos amigos eran un detalle insignificante. Bueno, él había hecho lo posible por contestar a sus amigos, por no mostrar su habitual cansancio, por prestar atención a sus palabras, a sus dolores, a sus sueños, esos sueños juveniles llenos de impetuosidad y de ambición. El no tenía ya ambiciones. Pero no menospreciaba las ambiciones de los demás, particularmente de los jóvenes. Estas son para los jóvenes la sal que conserva y da sabor a sus vidas. Y aquellos sus jóvenes amigos tenían sueños. Dos de ellos eran poetas. Hasta leyó sus versos cuya musicalidad reanimó con cálida voz. Y sin embargo. ¡Al fin la taza se había roto!...

Exactamente igual que su vida. Así también se había roto su vida, sin culpa de nadie, sin usarse, oculta en un

despacho, así quedó sin manos, un cuerpo humano sin manos, que avanza como un maniquí, en el tiempo y en el espacio. Inútilmente rara vez, la adormecida conciencia, la costumbre de la antigua existencia de las manos, envía hasta el extremo de los hombros, ciertos movimientos, cierta tensión, pero este movimiento queda irrealizado, sólo pensamiento.

Piensa en todo esto mientras, después del primer dolor, se va recuperando poco a poco en la habitación en penumbras. Entretanto su mujer pretende hallar una salida a la situación:

— Yo tengo hambre. ¡Vamos a comer!...

En realidad ella no tiene hambre, y está también profundamente entristecida. La rotura de una pequeña taza de café se convierte en motivo, en la noche invernal de un domingo, para que esta pareja haga una evocación de su vida fatigada, de la juventud que pasó, de los sueños que quedaron estériles, hasta para pensar en la soledad que sobrevendrá dentro de poco, en la vejez total, el olvido, el abandono.

Pero la mujer insiste. Y aunque no tiene apetito, se sienta a la mesa, simula que come con gana, que está casi de buen humor. Su marido no prueba alimento; tiene la sensación de que el primer bocado que se lleve a la boca, lo va a ahogar. Sólo experimenta la necesidad de acostarse, de dormir, de cerrar sus fatigados párpados, de relajar sus cansados miembros y de quedar inmóvil las pocas horas de noche que restan aún.

Una motocicleta que cruza por la calle silenciosa envía su último estrépito, las horribles explosiones de su motor, como para dar los postreros latigazos al hombre rendido de cansancio. Siente que del ruido le duelen el cuerpo, las manos, los pies. Y recuerda de nuevo ahora la tacita con el asa rota. Días y días, quedará allí, en el aparador, después que muchas veces se habrá discutido sobre la posibilidad de buscar otra igual, después que repetidas veces pondrá

alas en su corazón la perdida esperanza de su sustitución. Hasta que la mujer se canse y se aburra, y un día la tire al cesto de la basura.

Así ocurre siempre con todo. Y la vida sigue rodando, arrastrándose; se van aplazando siempre las cosas que hay que hacer y el mezquino descanso del aplazamiento lo desgarrar el sentimiento de la pérdida del tiempo. ¿Cuántas tacitas se romperán todavía y quedarán sin ser sustituidas? ¿Cuántos sueños se disiparán sin verse realizados? Y van quedando cada vez menos sueños, cada vez más débiles. El corazón, la memoria, los miembros se debilitan sin cesar con el transcurso de los años. Y llegará un día en que la rotura de una taza, aunque sea única, pasará casi inadvertida. La lasitud, la experiencia, el conocimiento de la vanidad y la amargura de los desengaños serán ya tantos sobre los curvados hombros del anciano que perderá hasta el placer de la tristeza, hasta la alegría de la reacción.

Se retiró la motocicleta, se apagó el estrépito poco a poco. En la sombría alcoba, la pareja yace despierta, pero callada. Cada uno sabe el insomnio del otro, mas ninguno de los dos quiere ya hablar. Sólo oye uno la nerviosa respiración del otro por algún tiempo, hasta que el velo liberador del sueño se extiende sobre sus pálidos cuerpos.

1961

## Y llega la noche

El día húmedo, interminable, se cruza de brazos poco a poco sobre la gran ciudad. Pero el atardecer con su tenue luz permite aún a los escasos transeúntes el regresar a sus casas. Desde la gran ventana de la Fundación los voy siguiendo mientras transitan por la calle tranquila, y me dan ganas de gritarles «buenas tardes», como a los vecinos de mi lejano pueblo, cuando volvían por la tarde de sus labores del campo.

Estos habitantes de la gran ciudad retornan a su pobre barrio desde el centro de la inmensa urbe fatigados de su larga faena, de su dura monotonía. Algunos pasan llevando bolsas de plástico con la compra, otros, el abultado periódico bajo el brazo, periódico al que quizás sólo echaron un rápido vistazo mientras viajaban en el metro.

Yo me imagino a estos hombres vistiéndose, dentro de poco, sus pijamas, lavándose ligeramente la cara y las manos, secándose las con gruesas toallas de papel, y después de tomarse un poquito de whisky, los que lo tienen por costumbre, sentados ante la televisión para oír las noticias del día. Y deseo que pasen la noche tranquilamente, sin preocupaciones, satisfechos de su trabajo, optimistas del futuro.

Sin embargo —pienso— algunos de esos que veo asomados, pensativos, a las entreabiertas ventanas, observando como yo la escasa circulación de la calle, es posible que permanezcan en tensa espera, con espíritu inquieto bajo dolorosas circunstancias de su vida o defraudados en sus deseos.

¿Cuántos de entre los millones de habitantes de la enorme ciudad pertenecen a la categoría de los que creen que deberían distinguirse de la multitud que nació y se multiplicó casualmente o por voluntad de Dios? ¿Y cuáles, éstos o la gran multitud, son en verdad los genuinos hijos de Dios?

Pero el anochecer avanza lentamente. Con todo permite aún distinguir entre las hileras uniformes de las casas pequeñas del barrio algunas torres pequeñas rodeadas de jardines. Una de estas torres, de colorido profundamente triste, tiene una fila de ventanas blancas y dos rotondas en los extremos del verde bosque. Y otra, mayor, rodeada de un jardín más extenso, hace alarde de su esplendor con sus juegos de colores en gris, azul y pardo en la fachada. Y allá, muy al fondo, el habitual obelisco de la vieja iglesia parroquial se levanta arrogante hacia el cielo, todavía medio iluminado.

Estas torres fueron en otro tiempo mansiones de nobles señores. En sus jardines y alrededor de sus estanques mataban un poco su hastío cansados inquilinos, graves aristócratas, soñadoras damiselas.

Ahora aparecen cerradas, solitarias. Los descendientes de aquellos que las habitaron viven en blancos barrios aristocráticos de la gran ciudad y se quitan el aburrimiento jugando en sus casinos y en sus salones.

Y la noche llega poco a poco. El atardecer va retrocediendo ante ella. De vez en cuando, unas luces lejanas como faros, iluminan el barrio. Una pesada quietud cubre las pequeñas casas y las torres. ¡Dios mío! ¡Qué soledad, qué soledad!

Uno piensa que los miles de habitantes del barrio se han hecho una sola alma que se agazapa en la noche. ¡Cuánto sufro de no poder acoplar mi propia alma con ella! La siento aletear suavemente, volar hacia mi pueblo, a miles de millas de distancia.

Y como a compañeros de este viaje imaginario, por extraña asociación de imágenes, me parece percibir a algunos afligidos, escritores modernos de este país, tales como TS. Eliot, Charles Morgan, Haxley, y algunos otros.

*Londres, 1983*

## Los claveles rojos

La enorme grúa, que, desde hace días, observo desde la ventana del hotel, explorando el contorno, dando vueltas en el aire con mirada escrutadora, como un monstruo prehistórico, al fin, esta tarde ha cesado de funcionar. Y sus muchas antenas radiales semejan ahora como una escalera que se eleva hacia el cielo.

La grúa es uno de esos logros de la ingeniería moderna que más contribuye en nuestros días a la rápida erección de edificios de muchas plantas con fuerza regulada, calculada, pero despersonalizada, con funcionamiento frío, automático. En la plataforma de su cima, allá arriba, entre tierra y cielo, una pequeña cabina alberga ordinariamente al que maneja la máquina, el cual, ante el gigantesco cuerpo de ésta, más que hombre, parece un juguete. Y sin embargo, el gigante está cautivo de sus manos, obedece a sus órdenes, ejecuta sus mandatos con exactitud matemática, con palpitations como de corazón humano. Está dispuesto a cometer un estrago, si el que la maneja tiene un fallo. Todas las horas de trabajo, el hombre, con mano firme, haciendo girar un botón, dirige la máquina ahora a izquierda, ahora a derecha, interrumpe por un poco su funcionamiento, la baja o la eleva conforme a las necesidades del trabajo. Así, la mano humana deja de trabajar y lo hace mecánicamente, y no como en los tiempos antiguos en que palmo a palmo, piedra a piedra alzaba los viejos edificios cuya feliz terminación era afirmada festivamente con una rústica cruz de madera en el tejado o un gran pañuelo de colores, regalo al maestro de la obra, y una alegre comilona.

Ahora todo es mecánico, seco, árido. La humana alegría del creador trabajo personal se ha convertido en simple fatiga, jornada laboral de la mañana a la tarde. El compañe-

rismo, la mutua ayuda en la faena están ya por demás. El hombrecillo de la grúa, solo, inaccesible, quizás asustado, quizás ahogado de hastío, pulsa los botones y el gigante mecánico reemplaza a decenas de manos de obreros. Y es un punto extraño en el cielo azul, un oscurecimiento de sus colores al amanecer y al ocaso.

¿Luego este árido, este amargo sabor del trabajo moderno es el que caracteriza los días de los obreros en las grandes y hasta en las pequeñas ciudades?

¡Mas he aquí una grata sorpresa! Cuando entro por la mañana en unos inmensos almacenes comerciales de varias plantas, en la calle principal, veo a dos o tres empleados que llevan en la solapa un clavel rojo, recién cortado. ¿Así que también puede el trabajador gozar a su placer en las horas de trabajo, adornándose el traje con una flor?

Mas mi grata sorpresa se convierte a poco en amargo razonamiento: Al recorrer las secciones del establecimiento, sus diversas plantas, sus pasillos, observo que todos los empleados, pequeños o grandes, chicos o chicas, lucen en el ojal de la solapa o en la blusa un clavel rojo. ¡Hasta las bonitas dependientas de la gran sección de productos de belleza llevan el clavel al pecho! Y el perfume artificial de los cosméticos encubre el leve aroma refrescante de las flores verdaderas.

Resulta, pues, evidente que los claveles rojos adornaban las solapas de los empleados por una orden, debida a la inspiración propagandística de la dirección del establecimiento.

Un decorador, de esos que cada semana se cuidan de adornar los escaparates, tuvo la ocurrencia de proponer a la dirección esta propaganda, este lujo grato desde luego para la clientela.

Y así los centenares de empleados se hallaron, que quieras que no, portando su flor desde la mañanita.

¿Pero es que estos centenares de hombres se convirtieron en uno sin su voluntad? ¿Contra su personal idio-

sincrasia se vio obligado cada uno a someterse a la voluntad de otro, que en aras de su interés, puede que hasta contra su gusto, impuso una presentación uniforme, aunque simbólica, con el adorno de un clavel rojo?

Y la amarga sensación se hizo más amarga con el pensamiento de que alguno de aquellos empleados, movidos por otro, adornados con su flor, se presentara quizás por la tarde en el entierro de una persona querida o se viera angustiosamente apesadumbrado por la enfermedad de otra.

En resumen, que los cientos de claveles rojos se convirtieron a mis ojos en rojas y espesas gotas de sangre coaguladas en el pecho de los empleados.

*Londres, julio 1984*



## La señorita antigona

La sorpresa fue grande. Yo sabía ya, casi con certeza, de mis frecuentes pasadas por allí, que las dos mujeres vivían solas. Las veía ahora los atardeceres de verano, sentadas tranquilas, silenciosas, en el balconcito una junto a la otra. La anciana parecía la señora. Había perdido casi por completo la vista; quizás tenía también cansada la cabeza. Se sentaba, pues, inmóvil, con los ojos fijos en el vacío, sin prestar atención al paso de los transeúntes, ni siquiera a la conversación de la otra.

Esta otra era bastante más joven. Una vigorosa mujer de pueblo, con mucha salud y mucha fuerza. Parecía llenar no sólo el balcón, sino toda la casa con el privilegio de su salud. Sería, seguramente, la ayudante, una de esas mujeres que acompañan a los ancianos o enfermos y que según la delicadeza de su conciencia sirven con cariño o sin él a las personas que tienen necesidad de ellas y que reciben sus servicios con resignación y paciencia. Algunas son buenas, caritativas, otras, duras, indiferentes.

Por las mañanas el balconcito estaba desierto. Sólo una jaula amarilla, colgada arriba, en lo alto, junto a la puerta, albergaba un canario pequeñito. Pero al lado de esta graciosa hermosura, un par de babuchas de mujer, viejas y amarillentas, se secaban casi a diario, atadas a una cuerda. La casa señorial parecía inhabitada.

Sólo al atardecer, las dos mujeres salían al balconcito. Se sentaban en silencio; la señora, inmóvil, callada, la otra, curiosa, inquisidora. Se podía pensar que hasta en su compañía estaban solas, solas las dos. Cuando de repente oí la voz. Con toda certeza, con una feliz espera la más joven, la ayudante, volviéndose hacia el interior de la habitación, exclamó en voz alta:

— ¡Ah! La señorita Antígona nos va a hacer ahora un buen té...

La sorpresa, pues, fue grande. En alguna parte de la vieja mansión, había también una persona joven, una «señorita Antígona».

Me escondí en la esquina y esperé. Estuve allí mucho rato. Pero en vano. No hubo respuesta, no se oyó ninguna otra voz, ninguna señorita Antígona apareció en el balconcito con dos tazas de té.

Solamente, pasado un rato, la ayudante se retiró un tanto indolentemente y volvió para ofrecer a la señora una taza de té que humeaba. Y ésta, silenciosa, la bebió poco a poco, sosteniendo la taza con mano temblorosa.

Yo permanecí todavía allí. El atardecer se inclinaba lentamente hacia la noche. El leve airecillo fresco pareció dar un poco de miedo a la señora anciana.

— ¿Nos vamos ya adentro?

La pregunta era de la ayudante que, antes de obtener el asentimiento, se levantó, y, ayudando a la señora a levantarse, se retiraron.

Yo permanecí un poco más en la esquina. El silencio se extendía por la mansión y en la calle. Ya no se oyó ninguna voz.

¿Pero es que en aquella casa señorial existía alguna «señorita Antígona»?

*Junio de 1985*

## EL TELON

*A. Kostas E. Tsirópulos*

Cuando la noche solitaria se acerca lentamente y todas las cosas se tornan cenicientas, la tenue cortina de la puerta del balcón se convierte en una cortina casi aérea, que apenas permite se haga visible el mundo exterior. Y cuando la luz ha desaparecido enteramente, se parece a un telón, que no es desde luego como los telones de terciopelo de los teatros de invierno, pero sí, siempre un telón, que cierra la escena y oculta los últimos preparativos de la representación.

Entonces los ojos, que están ya habituados a la oscuridad, los ojos solitarios, empiezan a percibir, como en una visión, la noche profunda que llega. La esperan casi cada veinticuatro horas a esta noche que ya se les ha hecho familiar, no ciertamente por amor a ella, sino por aquella familiaridad de la paciencia que crea una compañía prolongada.

¿Se oye detrás del telón el leve ruido del roce de los vestidos blancos, finísimos como tela de araña, de las bailarinas? ¿Prueba sus instrumentos una misteriosa orquesta antes de que la sinfónica armonía se expanda por la sala?

¡No, no! Detrás del telón hay también oscuridad. Y cuando éste es corrido hacia los dos extremos de la escena, la escena queda vacía. Sólo un gran jarrón de cristal, que alberga a seis o siete crisantemos extraños, como exóticos, de escasas hojas radiales, colocado en medio, parece presentar las flores, como las débiles manos de dos jóvenes, levantadas en actitud de súplica.

Así le llega la noche desde hace ya bastantes años. La recibe estoicamente; no busca interrumpirla despertando

al ser amado que descansa a su vera, abriendo la luz eléctrica. La deja que se deslice libremente hacia un amanecer o hacia un final venturoso. Aparte de que aunque lo quisiera, ¿qué puede conseguir su flaca voluntad? Es otro el hábil director de escena quien regula su duración. Y así espera sólo pensando en los días de su vida que pasaron.

Fue una vida, que si bien pudo pasar irrepentible, pasó, por incapacidad de su voluntad, en la medianía y en oscuridad. Recuerda ahora los días ociosos de esa vida, los continuos aplazamientos al mañana, la aceptación de una hipotética paz, que de tiempo en tiempo le turbaban los escalofríos de una bella pasión arrolladora, pero ante la que él, sin embargo, tímido en el fondo, pasaba de largo.

En la mediocridad, no de la distinción corriente o de una efímera «gloria» cual la que ofrecen transitorias ofertas, sino de la otra vida, que es exaltación a lo perfecto, angustioso, casi místico empeño de aproximación a lo grande y a lo invisible. Así el alma no se ejercitó, permaneció en la bajura de lo temporal; no fue probada en el yunque de la angustia. Y en proporción también se corrompió el cuerpo, creación a su vez de Dios. Ahora el cuerpo tiende hacia su definitiva destrucción; los ojos han perdido su verdadera capacidad de ver, pero —aunque poco— conservan ahora al final la visión mística que le permite distinguir en paz lo que ocurre detrás del telón. Es tarde ya para cambiar de vida. El crédito de tiempo que el Altísimo concede a cada criatura en su paso por el mundo para dignificarlo toca a su término.

Dentro de poco, pues, el telón caerá definitivamente. Y no se oirán aplausos. Por la noche los exóticos crisantemos no los retirará de la escena el que cuida de eso. Y los pocos espectadores que lo asistieron, se retirarán poco a poco por las calles, medio iluminadas, que conducen a cada uno a su hogar. Y el alba lo hallará con los ojos ya cerrados definitivamente, cuando el telón se haya convertido en la cortina, fina como tela de araña, de la puerta de un balcón que se abre a lo Desconocido.

## Índice

Familia .....	7
Primera noticia .....	23
Las sombrillas .....	37
Los toldos .....	45
Una taza .....	51
Y llega la noche .....	57
Los claveles rojos .....	59
La señorita Antígona.....	63
El telón .....	65









